

# VIERNES LITERARIO

LETRAS • ARTES • CIENCIAS • TEMAS DE LA CULTURA • BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal del diario PUEBLO

Viernes 23 de abril de 1982

Escribe Dámaso SANTOS



• Los premios a Octavio Paz, Torrente Ballester, Miguel Delibes y Vargas Llosa

## Música de las letras castellanas en la festividad cervantina

### • El eslabón necesario de OCTAVIO PAZ

Caligram del libro «Vuelta», de O. Paz

**C**UANDO escribo estas líneas acaban de llegar a España dos grandes escritores mejicanos: Juan Rulfo, para tomar parte en el fallo de los premios Príncipe de Asturias, y Octavio Paz, para recibir de manos del Rey el Miguel de Cervantes. Que escritores hispanoamericanos dictaminen y reciban premios aquí —el peruano Mario Vargas Llosa también en Madrid para recibir el premio de novelista del año denominado Pablo Iglesias— compensa en la mejor manera las todavía persistentes renuncias a aceptar el hecho de una gran literatura en lengua castellana alzada por autores del otro lado del Atlántico. Que no se incluya, por favor, entre los gestos, de rechazo el acuerdo de no subrayar en adelante libros hispanoamericanos en los Premios de la Crítica —Octavio Paz tiene el de poesía por su libro «Vuelta»— porque no es excluyente ni, en modo alguno, ninguneadora la intención.

La primicia, o simultaneidad editorial en España no es ocurrencia de siempre con el escritor hispanoamericano, y ello ocasiona un desequilibrio en la contemplación panorámica de un año literario, impidiendo, por ejemplo, la entrada en concurso de un libro como «Cien años de soledad», o, por el contrario, que la concurrencia sea tan grande y asidua por editados en España —Vargas Llosa lo tiene dos veces— que obligue a pensar en una alternancia infructuosa para los fines de este impecable galardón. Que tal alternancia se produzca en certámenes de gran dotación, como el flamante Príncipe de Asturias o como este segundo «nobel» que es el Miguel de Cervantes, es delicada cuestión —se premian no libros, sino obra completa— que han de resolver las Academias de la Lengua de uno y otro lado, escritores de acá y de allá, catedráticos de las Universidades. Lo nuestro —este es, los Premios de la Crítica militante en España— parece que quiere ser no un homenaje a los autores, sino deliberación razonada sobre las obras mejores de cada año para un subrayado de consagrada promoción peninsular aplicado también, con distinciones específicas, a los libros de narración o poesía publicados en las otras lenguas de España.

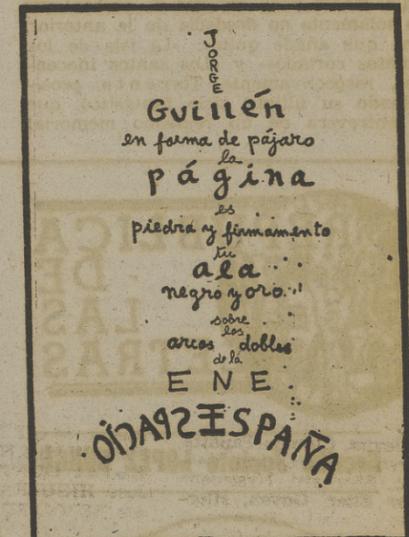
ES Octavio Paz, a poca distancia del anterior, Juan Carlos Onetti, el más

joven de los distinguidos hasta ahora con el Miguel de Cervantes, pero es sin duda el poeta que hoy, junto al nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, representa la voz del continente, como antes la encarnaron Rubén Darío, César Vallejo y Pablo Neruda. Doblada en el ensayista que tuvo precedente de universalidad hispánica en Alfonso Reyes y a lo que también aspira, entre otros, el polígrafo venezolano Guillermo Morón. La originalidad, o uno de los rasgos de ella, en Octavio Paz está en la simbiosis de ambas manifestaciones, que Julián Ríos ha puesto tan agudamente de manifiesto en el montaje de un antológico libro paciano titulado «Teatro de signos. Transparencias», donde la poesía en prosa y en verso, con los textos teóricos de interpretación histórica y crítica, alternan sus apelaciones a la inteligencia y a la emoción en un plano de idéntica y relacionada literariedad. En la presentación de esta antología dice el parisiense escritor español: «Sobre todos los caminos de la obra de Octavio Paz arde siempre una constelación, que es la luz —el tema de este libro—, la libertad, la poesía, el amor.» Y cada una de estas luces, podemos añadir, es también la otra. «El valor de un cuadro, un poema o cualquier otra creación de arte —escribe Paz en «Marcel Duchamp o el castillo de la pureza»— se mide por los signos que nos revelan y por las posibilidades de combinarlos que

contienen. Una obra es una máquina de significar.» El escribe siempre —verso o prosa— con esta conciencia y este sentido.

JORGE Rodríguez Padrón —que con Pere Guimferrer y Diego Martínez Torrón es uno de los mejores estudiosos españoles jóvenes de la obra de Paz— dice que en el escritor mejicano «todo gira en torno a una cuestión que las abarca todas: la relación entre el escritor y la obra, entre el escritor y el instrumento de su trabajo, entre el escritor y la experiencia como tal». Su crítica —que también abarca temas políticos y sociales— penetra profundamente en lo histórico a la vez que en el misterio de Oriente y en el culturalismo y vanguardismo europeo. Si en el ámbito americano se ha constituido pronto Paz en un maestro, en España también empezó a interesar intensamente en la década de los años sesenta, justo cuando se iniciaba el «boom» de la narrativa hispanoamericana. De entonces cuenta con entusiasmo el descubrimiento que con Marcos Ricardo Barnatán realizara Guimferrer de la poesía de Paz: «Encontré en ella —escribe el poeta catalán— algo que echaba a faltar en la inmediata tradición literaria hispánica: una poesía que enlaza a los fundadores de la modernidad —un Alexandre, un Cernuda, un Jorge Guillén, un J. V. Foix— con una nueva generación —la mía—, que, tras aquellos fundadores, veía un retroceso estético, un paso atrás —con unas pocas salvedades individuales— en la mayor parte de la poesía escrita en la Península Ibérica después de la guerra civil. Lo que en Paz hallaba no era una ficticia función supletoria, sino algo genuino: era la poesía que, en castellano, debía escribirse tras las experiencias de la generación del 27, y no siempre, en la orilla europea del océano, se escribió.» Y aún añade que este poeta le daba una razón, moral y estética, para seguir haciendo poesía.

OTRO joven estudioso de Paz, Diego Martínez Torrón, dice por su parte: «La obra entera del poeta mejicano parece una gigantesca alegoría acerca del lenguaje, de la poesía. Himno póstumo al poema. El



lenguaje consagrando su casa deshabitada, haciendo del sin sentido de su sentido un motivo poético más. Disolviéndolo en el amor. En el tiempo. La escritura como testamento final acerca de la unidad del mundo». ¿No sería, pues, Paz el maestro preciso para una generación que se llama a sí misma «del lenguaje»? Sus poemarios «Libertad bajo palabra», «Piedra de sol», «La estación violenta», «Salamanca», «Blanco», «Ladera este», «El monogramático» y «Vuelta», así como sus ensayos de «El laberinto de la soledad», «El arco y la lira», «Las peras del olmo», «Cuadrivio», «Puertas al campo», «Claude Lévi-Strauss o el festín de Esopo», «Corriente alterna», «Marcel Duchamp o el castillo de la pureza» y otros más son títulos que están por estos años en la mente de todos los preocupados por la cultura en la lengua castellana y en grandes espacios culturales de otras lenguas. Otro gran conocedor de la literatura hispanoamericana, Joaquín Marco, concluye así un capítulo dedicado a Paz en su reciente libro «La voz de la guerra española y mundial en la ca-poeta y el ensayista» responden tanto vi-

(Pasa a la pág. siguiente.)



### CONVERSACION CON MATIAS VALLES

Escribe J. A. UGALDE

## La ley de propiedad intelectual, hoy vigente Es anacrónica

asumir y apropiarse todos los momentos intensos, vivos, creativos, de nuestro pasado. En esta labor, el libro, la biblioteca, son insustituibles: sólo esos artefactos —que una vez al año, como las «rebajas» de los grandes almacenes, tienen la publicidad asegurada— pueden ayudarnos a encontrar los disfraces de plenitud, lucidez y dicha que la historia de la especie humana oculta.

Vallés, director general del ramo. Mi primera pregunta indagaba acerca de los actos con que el Ministerio de Cultura iba a celebrar el citado Día del Libro.

—Hay que tener en cuenta —contestó Matías Vallés— que para nosotros, como decía Larra, «todo el año es carnaval»; es decir, que la promoción del libro es una tarea permanente. Sin embargo, en esa fecha especial del próximo viernes —hoy— hay un acto que domina todas las celebraciones por su relevancia: la entrega del premio Cervantes a Octavio Paz en la Universidad de Alcalá de Henares. De la importancia del acto da indicio la anunciada presencia de las televisiones de toda Hispanoamérica y de alguna televisión europea. Octavio Paz ha llegado esta misma mañana, a las ocho —se refiere al martes—. He ido a recibirle cuando apenas acababa de leer su tal vez último poema impreso —me lee un

(Pasa a la página 8.)

N esta edad contemporánea nuestra, ser moderno no equivale a seguir la moda ni a entregarse a la actualidad de cada día. En nuestra época banal, abarrotada, infantiloides, militarizada y empeñada en darnos la ye irrisoria impresión de que mañana o pasado mañana arreglará las cuentas pendientes, Klossowsky, estudiosos de Nietzsche, ha escrito que ser moderno consiste en

AL retornar esa fatídica fecha del Día del Libro, lo más oportuno me ha parecido acudir a la Administración para saber qué iba ella a hacer en beneficio del libro y de sus artífices. No en vano, el pasado mes de octubre, un anteproyecto de ley de propiedad intelectual erizó los cabellos de los escritores con una serie de propuestas que luego quedaron en agua de borrajas, para, al fin, hacerse un largo silencio en torno a la ordenación legal de los asuntos relacionados con el libro. De manera que el pasado martes acudí al despacho de Matías

## Música de las letras castellanas en la festividad cervantina

(Viene de la pág. anterior.)

ta) como literariamente a una original actitud ante el mundo, en la que las diversas influencias —surrealistas, estructuralistas, orientales— se integran en una síntesis superadora. Todas estas apreciaciones vienen a señalar en la figura de Octavio Paz al eslabón necesario de un tiempo de transiciones y mutaciones tras la guerra española y mundial en la cadena magistral de la cultura y las letras de la lengua española en este siglo. Muy significativo, pues, el premio Miguel de Cervantes de la Corona de España que se le ha otorgado.

### TORRENTE Y DELIBES, EN LA CIMA NARRATIVA DEL CONDOMINIO IDIOMÁTICO

ME dice la televisión que el premio Príncipe de Asturias de Letras ha sido otorgado «ex aequo» a Gonzalo Torrente Ballester y a Miguel Delibes. En el jurado, premiado el año anterior, Juan Rulfo y José Hierro, con Lázaro Carreter, Cela, Emilio Alarcos Llorach, Alvar y Antonio Gala. Había obra reciente de ambos, que no solamente no desdecía de la anterior, sino que añade quites: «La isla de los jacintos cortados» y «Los santos inocentes», respectivamente. Torrente, prosiguiendo su último ciclo fantástico, que se entrecruza de un realismo memorial

inserto en la fábula erótica del viejo y la niña. Delibes, por su parte, con «Los santos inocentes», alcanza en estas páginas el grado más alto de intensidad y depuración, en un relato de su referencialismo venatorio a través del cual muestra patéticamente la vieja estampa del señorismo cruel sobre la humillada sociedad heril.

OBRA en marcha que mantiene a ambos escritores —al comienzo de la setenta el primero y de la sesenta el segundo—, que les sitúa cada temporada en la competitividad de novedades. Mas no es por ella el premio, sino a toda la extensión de la obra. Intensificada y atendida la del primero, en los últimos años. Al paso y continuamente correspondida en el segundo, desde que en 1948 recibiera el Nadal por «La sombra del ciprés es alargada», que decidiera una vocación. Ha dicho alguna vez el escritor vallisoletano que, muy probablemente, de no recibir tal galardón, no se hubiera dedicado a la novela. Algo parecido, como he recordado aquí, ocurriría con Torrente Ballester —que ya tenía entonces un amplio recorrido literario— con el de la Fundación March a «El señor llega», en 1959, primero de la trilogía «Los gozos y las sombras», que hoy vemos en episodios televisivos. Datos éstos importantes, en

trance de laureles, para suspender, de cuando en cuando, la actitud enemiga de los premios literarios.

GANARON esta vez españoles, aunque se pensaba que la balanza se inclinaría del lado americano. Corregiremos a aquel Clarín antimodernista cuando decía «aún somos dueños del idioma» poniendo «condueños». Es claro que con todos los universales cultivadores del español en América, ya nadie sostenga que es imposible un buen castellano mejor usado en cualquier lugar de aquel continente que en Valladolid. Pero ello no impide que Valladolid tenga hoy no sólo uno de los mejores escritores del castellano, sino que Delibes está tocando cada día sus raíces y sacando a nuestra contemplación un uso vivo de sus primordialidades terrícolas —léxicas, sintácticas y tonales—, que sólo la literatura, y no como instrumento arqueológico, sino expresión de situaciones vitales, puede salvar. En Gonzalo Torrente, el triunfo de un gran castellano es cosa de instinto expresivo y control mental, cultural; de sabores terrícolas galaicos y populares de otros ámbitos; también, e intimidad con los textos mejores.

### Y TABLAS, INCLUYENDO A VARGAS LLOSA

LA agrupación socialista de Chamartín, entre sus premios Pablo Iglesias a diversos merecimientos en distintas activi-

EL CUADERNO de Dámaso Santos

dades y comportamientos, otorga el título de Literatura al peruano Vargas Llosa por su novela —gran acontecimiento en las letras de lengua española— «La guerra del fin del mundo». Mario Vargas ha ensayado o aplicado los más modernos procedimientos narrativos, que han dado, indudablemente, a su narrativa unas peculiaridades notabilísimas que distinguen su obra en las modernidades del género; pero al mismo tiempo se advierte en el novelista peruano un aliento y una fuerza fabuladora muy parecida a la de los grandes novelistas decimonónicos. Con ellos se alinea decididamente en «La guerra del fin del mundo», para mostrar ese aliento y esa grandiosidad epicos alzados sobre el costumbrismo, el fresco histórico-social y paisajístico. ¡Qué fuerza el castellano —con tantas equivalencias del español hispanoamericano del portugués brasileiro en que tiene lugar la acción— en estas páginas!

Tablas en la motivación de la actualidad: dos hispanoamericanos, Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, con distintas oportunidades, por un lado; por el otro, en el mismo galardón, Torrente y Delibes. Significativo testimonio de este momento en las letras de todos los pueblos que honran este viernes la memoria del autor de «El Quijote» y exaltan el libro escrito en castellano.



Escribe Jacinto LOPEZ GORGE



GRAN semana de actividades y acontecimientos literarios, que culminan hoy con la entrega del Premio Cervantes a Octavio Paz, en la Universidad de Alcalá de Henares, bajo la presidencia del Rey, y con la tradicional recepción que éste ofrece a los escritores el 23 de abril, en el Palacio de la Zarzuela. Gran semana —de viernes a viernes— que comenzó la víspera en el Jardín Botánico, con la presentación del lujo y completísimo extra, en homenaje a Juan Ramón Jiménez, de la revista «Poesía», que edita el Ministerio de Cultura —hablaron Gonzalo Armero, director de la revista; Giner de los Ríos, Hernández Pinzón Jiménez, sobrino y heredero del poeta, y el secretario general técnico del Ministerio—, y prosiguió el mismo viernes, con la entrega de los premios nacionales de Literatura y Bellas Artes —narrativa, a Torrente Ballester; poesía, a Vicente Gaos (a título póstumo); filosofía, a José Luis Abellán; teatro, a Rafael Alberti (creación) y Guillermo Marín (interpretación); traducción, a Francisco Rodríguez Adrados y Miguel Sáenz; historia de España, a José María Jover Zamora; música, a Joaquín Rodrigo y Nicanor Zabaleta, y cine, a Rafael Azcona—. En este acto, que tuvo lugar en la Real Academia Española, presidido por Leopoldo Calvo-Sotelo, hablaron, además de éste, la ministra de Cultura y, en nombre de los premiados, Gonzalo Torrente Ballester. Todos estos premios están muy bien cuando se conceden a un autor o intérprete sin la solicitud previa de optar a ellos mediante la presentación de una obra dada a conocer el año anterior, caso



que no ocurre con los de literatura. Me sumo, pues, a lo comentado por Rafael Conte en «El País», y más concretamente, a esto: «Si los premios no se otorgan entre todo lo publicado durante el año en España y por escritores españoles, no son nacionales.» Para la concesión de los premios de la Crítica —añado yo— no es preciso ese requisito de la presentación. Se otorgan, sin más, a los mejores libros del año, según la estimación de un jurado de críticos, al igual que se va a otorgar próximamente, coincidiendo con la Feria del Libro, el Premio Juan Ramón Jiménez, que patrocina el INLE, al mejor libro poético de 1981 cuyo autor no pase de cierta edad madura. Y una última cuestión relacionada con los llamados premios nacionales de Literatura: resulta que año tras año se forman los distintos jurados, presididos todos por el director general del Libro, más los premiados el año anterior, con representantes designados por distintos organismos y asociaciones, sin que jamás se cuente —como ya expuso Guillermo Díaz-Plaja ante el director general y los críticos de todo el mundo reunidos en Madrid— con la Asociación Española de Críticos Literarios, donde se integran quienes precisamente tienen por obligación seguir día a día lo publicado en España de enero a diciembre.

### MIGUEL FERNÁNDEZ, EN LA FUNDACION UNIVERSITARIA Y OTROS ACTOS MAS

A pesar de que coincidían en la misma fecha y hora —viernes 16, ocho tarde— lo de los Nacionales y lo de «Mi poética y mi poesía», de la Fundación Universitaria Española, no faltó público precisamente al aula de Poesía, que dirigen Luis Rosales y Antonio Porpetta, y que en esta ocasión presidió Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate, donde actuaba el también premio nacional Miguel Fernández, expresamente llegado de Melilla, la ciudad donde reside. Con gran precisión expuso su poética este sugerente y siempre profundo lírico, cuya «Poesía completa», prologada por Guillermo Díaz-Plaja, va a editar en seguida Espasa-Calpe en Selecciones Austral, leyendo y comentando luego poemas diversos de casi todos sus libros. Siguiendo el curso de la semana, hubo otros actos poéticos en el aula cultural Puerta del Sol y en la Tertulia Literaria Hispanoamericana, destacando en esta última la lectura de Juan María Jaén Avila,

autor del reciente libro «De crepúsculos, ocasos y venados», ya reseñado aquí y al que quiero señalar con mi admiración y elogio. También se hizo entrega de los premios Puerta de Oro, de cuya concesión ya hablé. Con motivo de la Fiesta del Libro, a la que se anticipaba en dos días, Gonzalo Torrente Ballester protagonizaba luego otro acto importante de la semana: la «Invitación a la lectura», con que nos deleitó en el INLE el miércoles 21. Al día siguiente, en Los Jueves de la Biblioteca Nacional, Fernando Beltrán presentaba dos libros de la nueva colección Aeda: «Blues castellano», de Antonio Gamoneda, y «Segunda mano», de Víctor Botas, cuyos autores dieron a conocer leyendo una selección de sus poemas. Por otra parte, comenzó —y ya van dos conferencias— el ciclo sobre «La generación del 27: exiliados sin retorno», que Concha Zardoya dicta con maestría profesional en la Fundación Juan March.

Y cabe resaltar, por último, la presencia en España de Juan Rulfo, como jurado del Premio Príncipe de Asturias, y de Mario Vargas Llosa, que vino a recoger el Premio Pablo Iglesias de Literatura.

### EL CONGRESO DE ESCRITORES EXTREMEÑOS

LA vitalidad literaria de Extremadura se ha puesto una vez más de manifiesto con motivo del II Congreso de Escritores Extremeños, Santiago Castelo, el periodista y poeta del reciente Fastenrath, acudió, naturalmente, a su tierra y es él quien me informa. Parece ser que, aparte las reseñas periodísticas, hubo sus más y sus menos entre los partidarios de la tradición literaria y los que, para entendernos, pudiéramos llamar vanguardistas. En el enfrentamiento de Badajoz —dialéctico, claro está— los jóvenes plantaron cara a los viejos a partir de la interesantísima ponencia del profesor Juan Manuel Rozas, que había realizado una encuesta entre veinticuatro poetas menores de cuarenta años. Presidente de la comisión organizadora de este congreso era el poeta cacereño, nacido en 1946 y Premio Adonais 1975, Angel Sánchez Pascual, aunque el presidente del congreso lo era el escritor y jurista, ex presidente de las Cortes, Antonio Hernández Gil. Hubo también lo suyo en torno al teatro, lamentándose la ausencia de Martínez Mediero, a quien todos esperaban. Más de trescientas personas acudieron a este congreso de Badajoz, cuyas ponencias y comunicaciones giraron en torno a la literatura de los extremeños durante los últimos cinco años.

### ALGUNOS LIBROS Y REVISTAS DE LA ÚLTIMA SEMANA

A mis manos han llegado también en estos días libros tan interesantes como el grueso volumen —más de seiscientas páginas— titulado «Poesía y novela. (Teoría, método de análisis y práctica textual)», del que son autores Arcadio López Casanova y Eduardo Alonso (Editorial Bello, de Valencia). De Alicante me llega igualmente, enviado por su autor, la antología de poemas «protocolo jubilar», que cierra la producción del oriolano Manuel Molina; aunque el libro está impreso en Zaragoza bajo la dirección de Luciano Gracia. De estos días es, asimismo, la original narración de Arturo del Villar «El sonido redondo del tiempo», una novela corta de casi cien páginas e imposibles sugerencias fabuladoras. Y entre las revistas, citaré al menos los «Cuadernos de Poesía Nueva», del Taller Prometeo (la semana próxima hablaré de sus ambiciosos proyectos y planes inmediatos), la murciana «Arrecife» (número 2) y la cordobesa «Antorcha de Paja» (números 15 y 16).

## Arturo Azuela: Testigo mejicano

Escribe José María BERNALDEZ

PASO por Madrid, brevemente, el novelista mejicano Arturo Azuela para presentar su novela «Un tal José Salomé» (1), presentación que efectuaron J. J. Armas Marcelo y José Esteban. Pertenece Azuela a ese grupo espléndido de narradores de la América hermana que ha tomado el relevo de esa gran floración que conocimos bajo el horrible nombre del «boom», gente que no sólo no desmerece de esos maestros monstruos, sino que han sido capaces de crear su propia voz y hacerse oír con identidad y garantías de encontrarnos ante escritores que saben lo que se traen entre manos.

«Un tal José Salomé» apareció en 1975, pero me confesaba el mejicano en su estancia madrileña que la versión española que ahora ve la luz es nueva. Puede hablarse, pues, de una revisión y de un texto diferente al original. ¿Por qué ha reelaborado la novela?, posiblemente por dos razones, que confluyen en una: por obsesión, una obsesión que se manifiesta tanto en el plano de la pura literatura como en el de la realidad real. No conviene olvidar que «Un tal José Salomé» es una novela de conflicto, que recoge un mundo marginal y suburbial que se crea a partir de una huida del campo y de la agricultura hacia las grandes ciudades y la industria, huida que significará un desarraigo, una pérdida de las raíces primeras y primarias y la conversión de unos seres, los personajes de la novela, en hombres y mujeres distintos de esos que salieron en busca de la fortuna que nunca han de encontrar. Por este lado hay en el mejicano un deseo de testimonio, de ser testigo de su tiempo y de su sociedad. De reflexionar sobre lo que ocurre a su alrededor, alrededor del cual el autor forma parte, como es lógico. Pero ese nivel antes señalado se trasciende inmediatamente, y el novelista lo asume y lo subsume en la creación literaria, rompiendo los límites y las fronteras del testimonio para entrar en el reino de la narración, ya que «Un tal José Salomé» es, sobre todo y ante todo, eso: una novela, una novela que no renuncia a ningún elemento literario y que es capaz de expresar la angustia de la vida moderna y la tranquilidad y la serenidad de lo antiguo, una serenidad que, a su vez, no es tal y una angustia que esconde la necesidad de ensayar nuevos modos de vida. Así, entre el testimonio y la vanguardia, entre la tradición y la modernidad, Azuela va componiendo un texto que cabe calificar de ejemplar, tanto por lo que dice como por la forma de decirlo, y vamos conociendo un Méjico, porque «Un tal José Salomé» es una visión de Méjico.

(1) Arturo Azuela, «Un tal José Salomé». Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1982.

Escribe Javier GOÑI



## Clarín contempla los muros de su patria con el catalejo del magistral Nuevas ediciones de "La regenta"

**L**a heroica ciudad dormía la siesta. El viento sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas, que se rasgaban al correr hacia el Norte... Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacia la digestión del cocido y de la olla podrida... Todo estaba en silencio, las calles desiertas. Como en aquel cuento de García Márquez, «La siesta del martes», el silencio del mediodía sólo era roto por unos pasos, en el pueblo polvoriento y castigado por el sol, los de una madre y una niña, que iban en busca del cadáver del hijo y del hermano, en Vetusta los de un hombre, que trabajosamente sube la escalera de caracol que conduce a la torre de la catedral, «poema romántico de piedra, delicado himno de dulces líneas de belleza muda y perenne...»

Aquella persona se asoma en el campanario, «serio, cejijunto...», los labios largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados a vivir comprimidos por la barba, que tendía a subir... Se saca de la chaqueta algo así como un tubo, que brilla al sol; «el tubo se dejaba estirar como si fuera de goma y se convertía en dos, y luego, en tres, todos seguidos, pegados».

Cuantas veces el lector abra «La Regenta» se encontrará en el inicio con la misma escena: con don Fermín de Pas, magistral de la catedral y provisor del obispo. Otear con el catalejo, desde las alturas, desde una loma, un campanario, era uno de los «recreos solitarios» de don Fermín.

Pero, por una vez, el autor de aquellas páginas inaugurales, Leopoldo Alas (Clarín), no pudo resistir la tentación de ser él quien atisbase el horizonte, de adelantarse al magistral, de subir por aquellas escaleras de caracol, antes de o, en lugar de don Fermín, que todas las tardes barria los peldaños con su manto.

El, Clarín, que en su tiempo era el crítico más estimado y el más odiado, el más influyente y el más temido, ¿qué podía ver, allá, en lo alto, a través del catalejo? ¿Podría tal vez abarcar su vista, ayudada con el catalejo, no sólo los contornos de la vieja ciudad de Vetusta, podría ver más bien aquella España de su tiempo, en plena digestión sesteante durante la Restauración, podría sería mucho pedir, saber qué iba a ser de «La Regenta» cuando él faltase?

No se necesita, piensa Leopoldo Alas, el catalejo para ver su alrededor más inmediato. No le cuesta, no, recordar las palabras que le escribiera a un íntimo amigo en la primavera de 1885, una vez concluida «La Regenta»: «¡Si vieras qué emoción tan extraña fue para mí la de terminar por la primera vez de mi vida —a los treinta y tres años— una obra de arte!».

Si, una obra de arte. ¿Por qué no? ¿No era él capaz, como crítico, de separar el trigo de la paja? ¿No era cierto que la oronda Pardo Bazán, doña Emilia, apenas su figura cabe en el malicioso catalejo de Leopoldo Alas, cuando se refería a un libro decía: «Veremos lo que dice Clarín»? ¿No significaba esto un reconocimiento a su criterio?

Todavía recuerda con emoción; el catalejo le permite ver su casa, su despacho, verse a sí mismo, con el libro en las manos; todavía recuerda con emoción el primer ejemplar de su novela, visualiza en su mente la ilustración de Juan Llimona, el prólogo de Galdós no puede olvidar, por supuesto, aquellos dos volúmenes de la colección Biblioteca de Artes y Letras, de la casa editoria barcelonesa Cortezo, en los que quedaron recogido todo su trabajo aquella novela, por la que cobraría once mil reales.

Recordando aquellos años, con su catalejo, Leopoldo Alas, novelista y crítico, piensa que tal vez sea uno de los escritores españoles menos fecundos del XIX, dos novelas apenas los fragmentos breves de otras tres, que nunca llegaron a ser, medio centenar de cuentos, varios libros de crítica... ¿Qué importa el número? Estaba satisfecho con lo que había escrito, con «La Regenta», esa especie de Madame Bobary de la buena sociedad ovetense... ¿Madame Bobary... Flaubert... Zola... Fernánflor...? Prefiere ni recordar a ese botarate de Luis Bonafoux, periodista exaltado que le declaró la guerra literaria, acusándole de plagio.

Bien brillantemente se defendió, rememora Alas con fruición mal disimulada, qué importa, si está solo en el campanario, con su antejo, si tiene a todos los

mortales a sus pies, si que estuvo oportuno, la verdad. ¡Plagios a él!

No menos brillante, forzoso es decirlo, estuvo con el obispo Martínez Vigil, dándole rápida y oportuna réplica a la torpe y excesiva pastoral, que le dedicase a la novela, al aparecer, con gran escándalo de muchos vetustos vetustenses.

Tiene el escritor zamorano («me nacieron allí») asturiano inmovilizada en su catalejo a buena parte de la sociedad bienpensante de Vetusta, la que se escandalizó con su novela. ¡Hipócritas! ¿Qué esperaban? El no es un exaltado, pero... el catalejo, o su memoria, parece quererle gastar una broma, enfocando a un Leopoldo juvenil, dieciséis años, que participa en las calles de Oviedo del fervor popular a la caída de la reina Isabel II. ¿Pero, no es ése el joven Alas, quien, con otros muchachos, tira de una soga arrastrando el busto, verdaderamente espléndido de la Reina Castiza?

Bueno, bueno, no le disgusta en exceso este recuerdo a Leopoldo Alas, son pecadillos de juventud, «borrachera de republicanism», lo calificará Juan Antonio Cabezas, uno de sus más fieles biógrafos, cuyos avatares, con una guerra por en medio, y el autor en prisión cuando se ponen a la venta los ejemplares del libro, no pueden ser abarcados por el catalejo de Leopoldo Alas, aquel provinciano universal.

La aparición de la novela supuso un escándalo y un ruidoso éxito. No tardó en agotarse la edición... Parecía lógico que hubiera salido pronto una nueva edición. Pero, no, no se reeditaría hasta el año de su muerte, en 1891; ¡ah!, la Puerta del Sol, el viejo editor Fernando Fe, qué nostalgia le entra a Leopoldo Alas, enfocando la Puerta del Sol, ¿no era por aquí, por donde cruzaba, con peligro de ser arrollada por un carruaje, doña Berta, o no era ella?, ahora no sabe, le falla la memoria.

Pasada esa debilidad nostálgica, el semblante de Leopoldo Alas se nubla. Fatiga el horizonte con su catalejo, inquieto, desconcertado, busca una explicación. ¿Por qué el silencio envuelve a «La Regenta», tras su éxito de salida? ¿Por qué apenas escribe novelas, por qué se le considera un crítico, por qué...? ¿Quién sabe!

Y Leopoldo Alas se desanima. El tiene claro lo que es la novela. «La novela — escribe — es el género único que en España progresa... En la novela hay dos bandos... luchan el pasado y el presente, luchan la libertad y la tradición...» Pero el público le da la espalda. Y Leopoldo Alas a punto está de tirar la toalla.

Le escribe a don Marcelino Menéndez y Pelayo, en 1888. «Yo ahora no escribo más que para ayuda del cocido (tengo dos hijos ya). Estoy desorientado, dudo de mi en grado máximo, se me antoja ridículo a ratos haberme creído seminovelistas.»

Seminovelistas. No se le perdona el ser un crítico. Zapatero a tus zapatos. Y eso que no le faltó siempre la palabra amable de don Marcelino, no tiene que forzar el catalejo, su imagen la tiene siempre en su cerebro. Cuando publicó «Su único hijo», Pelayo escribió: «Al autor le queda mucha poesía en el alma y mucha fe en el ideal.»

También Unamuno le reconoció méritos: «Es usted —le escribía— no ya el primero, casi el único escritor español que me hace pensar.» Azorín también le leyó con agrado, aunque prefería «Su único hijo»...

Pero Leopoldo Alas se reprende a sí mismo por recordar sólo los que hablaron bien de él. Hubo también una corriente, que el catalejo del escritor no puede abarcar totalmente y que el lector agradecido,

que esto escribe, agazapado tras Bismark o Celedonio en el campanario de la catedral de Vetusta, completará. Hubo críticos, recuerda Leopoldo Alas, que rechazaron indignados la novela, el padre Blanco García, por ejemplo, que escribió en un manual dedicado al siglo XIX palabras como éstas: «Disforme relato de dos mortales tomos que alguien calificó de arca de Noé, con personajes de todas las especies, y que si en el fondo rebosa de porquerías, vulgaridades y cinismo, delata en la forma una premiosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril.»

O el propio Baroja, tan estimable y entrañable novelista como agresivo crítico del prójimo: «Como novelista lo encuentro pesado y triste, y como crítico no sé que tuviera un acierto.»

Crítico mordaz como era Leopoldo Alas, recordando a todos sus detractores, les podía recitar aquello que escribiera en «Sólos de Clarín» y que sigue vigente, y que cada uno recibamos el golpe donde menos nos duela: «Si lo que vale es el juicio de los que no saben una palabra, hoy la crítica ha llegado a un florecimiento asombroso. ¿Qué es, en rigor, lo que hace falta para escribir «juicios críticos», como dicen los aficionados? En rigor no hace falta más que mimbres y tiempo. Pluma y papel y un periódico que se preste a publicar cualquier cosa; esto es lo indispensable, y esto dondequiera abunda.»

Leopoldo Alas está ya cansado de mirar por el catalejo. Hace un último esfuerzo todavía. Aunque el que falleciera en 1901, el 13 de junio, no era el mismo que arrastrara el busto de Isabel II, sin duda no le hubiera gustado leer, al otro día de su muerte, el periódico ovetense «El Carbayo»: «Muchos obreros habían solicitado permiso para dejar los talleres y acompañar el cadáver. La manifestación era verdaderamente imponente y, a pesar de la lluvia que caía a torrentes, llegó compacta la multitud hasta San Roque.» Con lágrimas en los ojos, Leopoldo Alas enfoca, por última vez, su catalejo para ver, desde las alturas, su propio entierro, que en el recuerdo se puede confundir con aquel entierro obrero de don Santos en su novela.

Pero Leopoldo Alas, exhausto de luchar contra molinos de viento, autor de una novela tan importante como «La Regenta», que quizá la España de su tiempo (y no sólo del suyo) no se la mereció, se dispone a abandonar el campanario, fatigado, entristecido, sin oír a ese lector admirador de su obra, escondido tras Celedonio y Bismark, nacido exactamente cien años después de él, que le podría completar la historia, recordándole que, tras la edición de 1908, no se publicaría la novela hasta 1946, en Buenos Aires, que luego aparecería en tomos de obras selectas (Biblioteca Nueva) o de lujo (Planeta), que, a partir de 1952, año de su centenario, empezó a hablarse algo más de Clarín, gracias a hombre como (y sólo cito dos) Martínez Cachero y Baquero Goyanes, que hasta 1966 no salió una edición de bolsillo, la de Alianza Editorial, verdadero acontecimiento en su momento, que lleva desde entonces trece ediciones y más de doscientos mil ejemplares, que a partir de entonces nuevas generaciones jóvenes de lectores y de críticos (Sergio Beser, el primero y sobre todo, Ramos-Gascón, Corolyn Richmond, Romero Tobar, Jean-Francois Botrel y otros) han descubierto a Clarín, que, gracias a Gonzalo Sobejano, tenemos ya una admirable edición crítica en dos volúmenes (1), que, poco después, ha salido otra de Akal (2), que el «Penguin Book» ha sacado o va a sacar una edición de muchos miles de ejemplares, que no todos; en fin, querido Leopoldo Alas, pensamos como Eugenio d'Ors (de la «miopía» de los grandes autores en ocasiones está llena la historia literaria), que en 1947 decía de «La Regenta» que «resulta hoy poco menos que ilegible, en la pastosa machaconería de su escritura» o aquel asturiano estético, no Mario Roso de Luna, sino Torcuato Fernández Miranda, que en «Cuadernos Hispanoamericanos», en 1953, dijo de la obra de Alas que «ha sido y es radicalmente disolvente de valores esenciales a ese modo de ser que es ser español».

(1) Clásicos Castalia, Madrid, 1981.

(2) Ramón Akal Editor, Madrid 1981.

## Recuerdo de Miguel Espinosa,

## el de «Escuela de mandarines»

Escribe Alfonso MARTINEZ-MENA



**Y**O no sé si Miguel Espinosa era un extraño espécimen de místico, un metafísico, un escéptico o un loco, en cuanto visceralmente marginado de los convencionales decálogos que estereotipan la cordura. Tampoco sé si él tenía conciencia exacta de lo que era, además de devorador de lecturas y paciente, metódico, inquisitivo y filosofante perseguidor de palabras exactas y significantes, llanas, que encierran la percepción, la vivencia y el concepto, en insistente búsqueda de la plasmación aforística; instinto que parecía dominarle.

Lo que sí sé es que a Miguel Espinosa se le han quedado muchas cosas por decir; muchas experiencias por transmitir desde su óptica aceptada de que «el escritor nada crea, únicamente ve», como nos dijera para el entonces «Sábado Literario», en una larga y jugosa declaración de principios estéticos, con ocasión de la salida de su tercer libro, «La Tribada falsa», allá por enero del año pasado, días antes de su presentación en Madrid, de manos de su profesor en las aulas universitarias murcianas, Tierno Galván, prologuista de su primera salida editorial: «Las grandes etapas de la historia americana», que publicó «Revista de Occidente» en el año 1957.

Y el pretérito se me impone en estas líneas, apresuradas por la sorpresa —tardía noticia para mí—, porque el escritor Miguel Espinosa Gironés, desconocido para el gran público tanto como admirado por la minoría iniciada, ha dejado de existir hace unas semanas, a golpe de corazón, llevándose el final de una novela trabajada desde hace años, interrumpida para dar a luz su «Tribada», una especie de contrapunto a aquella «Escuela de mandarines» —monumental, en muchos aspectos—, de feliz recordación y constante presencia, en la que volcaba gran parte de la existencia que se le ha ido en hermoso empeño de crear arte (aunque él dijera que «el escritor nada crea»), al margen de las ortodoxias de géneros literarios, en los que seguramente no creía —léase «seguramente» en su acepción exacta—, en su persecución de la realidad misma a través de confuso ceremonial teológico, a riesgo de que alguien acusara de falta de honradez algunos de sus escritos, calificándolos de meramente «literarios» —como si la literatura pudiera ser algo distinto de lo que es—, pienso que con cierta precipitación y falta de profundidad analítica.

Mientras tecleo estas líneas, que podrían haber escrito otros con mejor y mayor conocimiento de causa, recuerdo las prematuras desapariciones habidas en la familia de escritores murcianos, caracterizada por falta de comunes denominadores: Gregorio Javier, aquel novelista nacido en Caravaca, como Espinosa; Francisco Cano Pato, vocacional poeta de maduras realizaciones; Francisco Alemán Sainz, hace unos pocos meses, todavía palpitante con sus literaturas marginales y fabulaciones; Julián Andugar, veterano poeta de una tierra preñada de ellos... Y los veo a todos distintos y dispares. Quizá los más complementarios fueran Alemán Sainz y Miguel Espinosa, deambuladores de antipódicos derroteros, y dominadores cada cual de los suyos.

Y también, mientras, tecleo meditando en la diversidad de talentos de los idos, de los que son todavía y de los que apuntan firmemente para un presente ya de las letras murcianas, quisiera unirme al homenaje póstumo que a Miguel Espinosa se le rinde hoy, jueves, en su Universidad, en forma de mesa redonda moderada por el catedrático Victorino Polo. Allí, en estos momentos, sus amigos escritores, y míos, analizan la labor de Miguel, el de «Escuela de mandarines», destacado con luz propia dentro del panorama literario español incluso desde su tierra como los buenos que como tal le reconocemos desde aquí uniéndonos al acto reverencial y emocionadamente.

Escribe Jacinto LOPEZ GORGE

## Jiménez Martos y los "Tientos de los toros y su gente"

**A** CLARA Jiménez Martos en el pórtico de su libro que la palabra *tientos*, según el uso que de ella hace, no encaja sino en lo de «pulsar y examinar una cosa», tal como el Diccionario define ese vocablo en su acepción última. Y añade por su cuenta: «A ser posible, con brevedad.» ¿Qué son, pues, estos «Tientos de los toros y su gente» (1), tras aquellos «Tientos» de 1969 y aquellos otros «Tientos de la pluma y el plumero» de 1976? Pues unas prosas efectivamente breves, en las que con un sello peculiarísimo y muy personal —entre el relato y el poema o la escena costumbrista, todo ello entrelazado con pinceladas de aguda observación y humor finísimo o socarrón a veces— este poeta y conocido crítico, pero sobre todo gran prosista, nos habla de mil cosas con precisión y acierto, ahora relacionadas con los toros y su fiesta. Y así, repartidos y agrupados en torno a cinco grandes rútiles —«Por fuera de la plaza», «En el tendido», «Redondel», «Retratos de toreros» y «España y los toros»—, vamos viendo pasar, embebidos en la lectura, muy diversas estampas con divertida anécdota o anécdota mínima. En cualquier caso, y sin que falte en ninguno, con penetración y garbo literarios de la mejor y más grata sabiduría andaluza.

Porque, por encima de todo, estamos ante un libro que sólo un andaluz de solera, con no pocas experiencias y lecturas, podía haber escrito. Jiménez Martos es andaluz de Córdoba. Pero podría serlo, por su esencialidad sureña, de cualquier otro rincón de la siempre maravillosa, mágica y sorprendente Andalucía. El poeta singular que este prosista es —cuestión que se olvida a veces, deslumbrados por su gran personalidad de crítico, y pese a que su «Encuentro con Ulises» obtuvo el Premio Nacional de Poesía— no se concebiría sin su entraña andaluza. Y este volumen de los «Tientos de los toros y su gente» es libro de poeta medido a prosista, que además posee las virtudes del narrador nato y con talento, que incluso sin apenas nada que relatar sabe sacarle jugo a lo más liviano. Y siempre, con gran proyección e impacto en el sorprendido lector.

Pero Luis Jiménez Martos, además de poeta y andaluz y todo eso, es gran aficionado a los toros. Conoce bien el mundo taurino y lo siguió desde su infancia.

Yo le he oído decir alguna vez que si de algo entiende verdaderamente, no es sino de la fiesta del toro y de cuanto en su entorno ocurre. Añado yo que, aunque aquí apenas se adviertan, las connotaciones literarias del arte taurino pesan también sobre el aficionado Jiménez Martos. Esa estampa del toro en el campo cifrada en la página y media del capítulo inicial —«El toro y el gorrion» se llama y su leve anécdota no puede ser más singular y lírica— se nos antoja poema más que otra cosa. No poca literatura hay en la página y media siguiente: «Semental herido». Pero el poeta en prosa, un tanto juanramoniano, cede paso al agudo observador que narra con zumba lo que ha visto fuera y dentro de la plaza. Y poco es lo que se le escapa de ese mundillo y de todo aquello que en tendido y ruedo acontece. Un preciosísimo relato es el de «Crecimiento el bidimensional». O «El comentarista por libre». Y con apariencia de relatos o no, no menos divertidos resultan —aparte de lo mucho que descubren al no aficionado o al turista que no tuvo ocasión de frecuentar los ruedos— casi todos los restantes breves capítulos que componen la mayor parte —más de cien páginas— del libro.

De gran entendido en cuestiones taurinas son también los «Retratos de toreros», donde se perfilan de mano maestra caracteres y hechos de una quincena de lidiadores, dentro y fuera de la plaza, que acapalaron el entusiasmo o el desdén del público desde que, siendo aún niño, fue Jiménez Martos, de la mano de su padre, por las calles de Córdoba y asistió a sus primeras corridas. Los capítulos finales, encuadrados en «España y los toros», prestan dimensión y elevan a otros niveles —de ahí el rútilo que los engloba— lo que hasta ahora fue anécdota y al cabo es categoría. Me refiero sólo a los tres últimos: «Norte, Centro y Sur de los toros», «La cuadratura nacional del círculo» y «España en el paseillo». Porque aquí Jiménez Martos ya no es solamente un escritor aficionado a la fiesta que con agudeza y gracia habla de toros, sino todo un pensador que medita y reflexiona en torno a la condición y el hecho taurinos, tan entrañados en nuestra España total.

(1) Luis Jiménez Martos: «Tientos de los toros y su gente». Libros de Bolsillo Rialp. Madrid, 1981.

Escribe Dionisio CAÑAS (Nueva York)

## El "in promptu" poético de Zaya

**R**EVERSO del alfabeto, la Z que lo cierra abre el nombre de estos dos escritores y la A concluye, por tanto, sus identidades inaugurando una sola identidad: la de lo escrito. Si enfrentamos la palabra ZAYA a la prueba del espejo entonces vemos que el reflejo nos devuelve un orden alfabético esperable, AYAZ, pero no por eso se altera el potente candado que el apellido ZAYA le tiene echado a la escritura, pues entre la A y la Z sigue estando encerrado todo el alfabeto.

Según Georges Bataille, Mark Twain contaba que, habiéndose ahogado uno de los gemelos, nunca se supo cuál de los dos fue. El óvalo fecundo que habían sido pudo escindir en dos individuos diferentes uno de otro, en el aspecto de que al decir uno de ellos YO habría excluido así radicalmente al otro, pero no se sabía en que orden cada uno de ellos de este YO es ni uno ni otro. En verdad, esta diferencia que profundizamos como una herida no es sino un continuum perdido.

Esta solidaridad de los seres, este continuum, que parece estar por encima de la individualidad, es también la de Jano. Sus dos caras opuestas miran una al pasado y otra al futuro —como la Z y la A de ZAYA—, pero de nuevo, si Jano intentara la mierda de Narciso en el espejo, vería que la cara que parecía mirar al futuro está ahora orientada hacia el pasado y viceversa. Así, la dislocación espacial, Nueva York-Canarias, de este doble escritor es también temporal —aspecto importante en este libro—, de ahí que la alusión al mito de Jano no sea aquí gratuita.

Había en Alemania dos niños mellizos de los cuales uno abría las puertas tocándolas con el brazo derecho y el otro las cerraba con el brazo izquierdo (esto lo narra Alberto Magno, según René Char). La vieja leyenda se vuelve nueva ante los hermanos homocigóticos autores-actor de este libro. Ellos saben que hay dos seres en la puerta, que la puerta despierta en nosotros dos direcciones de ensueño —así lo pensó Gastón Bachelard. Pero esos dos seres están contenidos en el YO de la puerta, y difícilmente podríamos distinguir cuál de los dos participa más de ella. En este sentido, el libro de Zaya es también una puerta abierta a la leyenda del YO único, pero disuelta en la escritura y recuperable sólo ya en la lectura.

Aproximación de la manera más abrupta (1) no es solamente esa suma de identidades de dos escritores en uno, sino que

es también la convergencia de dos tradiciones poéticas. Una, la de la poesía racionalizante: Mallarmé, Valéry, Eliot, Guillén, Valente; otra, la de un ambiente poético de la exasperación del yo: los románticos alemanes, Nietzsche, Cioran, Cernuda —este último moderado en su lenguaje. No por azar es que «La quimera de prisión» —para mí el poema más logrado junto a «Cataratas», «Abraza estrechamente un triste muro» y «Eva»— se abre con una doble cita, la de Valente (poesía cogitativa) y Cernuda (poesía del super-yo).

Informa el discurso poético de este libro algo que quisiera llamar superracionalismo: es decir, una elevación creadora del racionalismo poético por medio de la tonificación exasperante del discurso a través del yo —la poesía norteamericana desde Wallace Stevens a John Ashbery sería una poesía a la que se podría aplicar este término. El yo se pasea mefistofélicamente por las grandes estancias del racionalismo poético, desarraigando el amueblado del discurso y abriendo las puertas a la fabulación del sujeto como vivencia real. Y resulta que este yo es el del cuerpo glorioso, porque es importante señalar que el libro de Zaya es un libro de amor.

Recuperar el amor para la poesía es hoy en día una lucha no de orden social, sino literario. En este sentido reaparece el sujeto neorromántico que, ocultado por la objetividad de la poesía pura pareciera condenado al destierro poético. El amor se ha hecho retórica, y la intención del poeta en este libro no está solamente orientada contra la adversidad que la vida le depara, sino contra las metáforas gastadas que el amor ha producido en la literatura. De ahí lo obsesivo de sus alusiones a la escritura, no con intenciones metapoéticas, para acercarse a ese rasgo de modernidad hoy día superado, sino para referirse al lenguaje poético como enemigo del amor pronunciado y vacío de verdadera significación para nuestra época. Hemos conquistado el lenguaje, se trata ahora de reconquistar la vida, el sujeto, el amor para este lenguaje nuevo.

Pero el que escribe sabe que esa distancia queda / en el cuerpo, pues nada es verdad / sino el poema, y con él Zaya saluda al amor pro-motor de la poesía otra vez, propulsor del sueño creador otra vez en este libro.

1.—Zaya. «Aproximación de la manera más abrupta.» Hiperión. Scardaneli. 1982.



### NARRATIVA

**VIENTO FUERTE**, de Miguel Ángel Asturias.—Publicada en 1950, esta novela pertenece a la época indigenista y forma, con otras dos —«El papa verde» y «Los ojos de los enterrados»—, una trilogía acerca de la rebelión de los plantadores guatemaltecos contra la explotación de los grandes monopolios extranjeros. Alegato que tiene como fondo la belleza del trópico y el misterio de las creencias guatemaltecas. Alianza Tres. Losada, número 78.

**EL LIBRO DE FAMILIA**, de Patrick Modiano.—Uno de los más interesantes novelistas jóvenes galos persiste en su indagación en torno a los enigmas de la identidad en una historia marcada por la poderosa manera de construir atmósferas. Ediciones Alfaguara.

**CUENTOS DE LA INFANCIA Y DEL HOGAR**, de hermanos Grimm.—Centenaria, Capercucita Roja, Pulgarcito, Blancanieves, Hansel y Gretel, y muchos otros héroes y heroínas de los cuentos de nuestra infancia, circulan por las páginas de este volumen que los hermanos Grimm rescataron de la tradición popular y recrearon literariamente. Jacob y Wilhem Grimm nacieron en

Hanau y murieron en Berlín; vivieron en estrecha comunidad de estudio y se ocuparon, ante todo, de las antiguas culturas germánicas. Bruguera Libro-Amigo.

**INFORME PARA UNA ACADEMIA Y OTROS CUENTOS**, de Franz Kafka.—Este pequeño volumen reúne una decena de textos cortos de Kafka, encabezados por el informe dirigido a la Academia por el mono que se hizo inteligente. A destacar, asimismo, las 108 consideraciones acerca del pecado, el padecimiento, la esperanza y el camino verdadero, pequeña joya del sarcasmo y del absurdo. Akal, bolsillo.

**CUANTA, CUANTA GUERRA**, de Mercé Rodoreda.—Ana Moix ha traducido del catalán esta novela, publicada en 1980 por Mercé Rodoreda; tal vez la figura máxima de la narrativa catalana. Se trata de un poco ortodoxo «bildungsroman», cuyo protagonista masculino, Adrià Guinart, nació para la literatura por el influjo que su creadora recibió de una película excepcional, «El manuscrito encontrado en Zaragoza», basado en la novela de igual título de Jean Potocki. La guerra es el escenario, un poco difuminado, que permite a Mercé Rodoreda lanzar a su personaje a correr mundo y encontrarse en situaciones sorprendentes. Edhasa, Narrativas contemporáneas.

**GABRIELA OLAVO Y CANELA**, de Jorge Amado.—Después de «Doña Flor y sus dos maridos», «Tienda de los milagros» y «Cacao», Alianza continúa con la publicación de la obra de este brasileño decisivo en la historia moderna de la narrativa de su país. Una vez más la sensualidad de Bahía, la exhaustividad descriptiva y el tema del compromiso social como fondo. Alianza Tres-Losada.

**EL INOCENTE**, de Mario Lacruz.—Reedición de una novela que se sitúa en los orígenes de la novela policíaca española. Publicada en 1953, tras ganar su autor el premio Simenon para novelas de intriga. «El inocente», mantiene su maestría en el ma-

nejo del suspense y la riqueza de sus análisis psicológicos. Bruguera-Libro Amigo.

**LOS SOLARIANOS**, de Norman Spinrad. Neoyorquino nacido en 1940, de Spinrad se ha hecho famosa una novela de ciencia-ficción titulada «El sueño de hierro», que fue premio Apolo en 1974. En ésta, titulada «Los solarianos», se trata una vez más de la amenaza de extinción que se cierne sobre la raza terrestre, a manos de otras criaturas. Nebulae-Ciencia-ficción.

**LAS PARROQUIAS DE REGALPETRA**, de Leonardo Sciascia.—Todos los temas de Sciascia —y lo ha dicho él mismo— se encuentran en esta su primera novela sobre la historia y la vida siciliana: «En efecto, todos mis libros constituyen uno solo. Un libro sobre Sicilia que toca los puntos más dolorosos del pasado y el presente y que gira en torno a la historia de una continua derrota de la razón y de quienes se han visto afectados y destruidos por esa derrota», escribe el autor en su prólogo. Junto a esta novela se incluye también «Muerte de un inquisidor», ensayo narrativo que Sciascia cuenta entre lo más logrado de su producción. Bruguera Libro-Amigo.

### ENSAYO

**HISTORIA SOCIAL DE LA LITERATURA VASCA**, de Ibon Sarasola.—Tras las historias literarias de Luis Michelena y L. Villasante, un escritor joven, miembro de la Academia Vasca, se enfrenta a la evolución de la literatura en euskera, vista en sus relaciones con la sociedad en conjunto. El libro se abre con un prólogo del propio Sarasola, en el que se explicitan la extensión geográfica de los «euskaldunes», es decir, vascohablantes y su evolución reciente, un análisis de las publicaciones en euskera por materias, número de escritores y evolución de los estudios para luego, dividir la literatura euskaldun en tres periodos: de 1545 a 1901; de 1901 a 1964, y de 1964 1971. Un

catálogo de autores y obras completa el libro. Akal Bolsillo.

**EL SALVADOR. LA LARGA MARCHA DE UN PUEBLO**, de A. Alvarez Solís, M. López Vigil y J. L. Morales.—Este libro es fruto de una colaboración entre diversos periodistas españoles que asistieron en diversos momentos a la guerra civil salvadoreña, iniciada el 10 de enero de 1981, y los propios revolucionarios salvadoreños, que narran las vicisitudes de su lucha. Es de la mano de esos protagonistas como el libro se ha construido, empezando por un pequeño informe sobre la geografía económica del país centroamericano, su pasado cercano y los orígenes de la guerra actual. Un libro para contrarrestar las desdidas informativas de la Prensa oficial en torno a los sucesos salvadoreños. Editorial Revolución.

**«LAS SOCIEDADES MALEFICAS»**, de Jean-Claude Frère.—Un repaso, demasiado escueto, por las sectas luciferinas de los últimos diez siglos de historia occidental que, desgraciadamente, unifica y banaliza con exceso sus materiales: el demonismo medieval, Gilles de Rais, el satanismo entre los siglos XIV y XVI, con brujas e inquisiciones, las figuras de Sade y Joseph de Maistre, Rasputin, Hitler, Aleister Crowley y los ciclos Manson de nuestro siglo. Martínez Roca.

**«LIBERACION Y UTOPIA»**, de varios autores.—Bajo el denominador común de la «cuestión femenina (o feminista)», se examinan el sexismo en el discurso filosófico (Celia Amorós); la mujer ante la ciencia (M. A. Durán); lenguaje y sexo (Violeta Demonte); mujer y psicología (C. Fernández Villanueva); mujer e historia (Segura Graño); mujer y geografía (Aurora G. Ballesteros); mujer y derecho (J. I. Ussel y J. J. Ruiz Rico); mujer y economía (Ramón Nemesio); intervencionismo social de la biología (M. D. Vaticón y A. G. Valdecasas); mujer y Medicina (C. Bernis y Cristina Cámara). Akal-Universitaria.

Escribe Angel LAZARO

## RUBEN DARIO, PUNTO DE PARTIDA DEL SIGLO



**E**l 18 de enero de 1867 nació en una aldea de Nicaragua llamada Metapa, y que hoy se llama Ciudad Darío, el niño prodigio que con el tiempo habría de ser el más grande poeta de habla castellana de su época. Por cierto que Gabriel Alomar decía que un poeta así no lo daba un idioma más que cada trescientos años.

**R**UBEN Darío va unido a nuestro 98. Cuando el poeta tiene treinta y un años se produce el llamado desastre, y España pierde las últimas tierras —provincias, y no colonias— que había descubierto y colonizado en lo que hoy constituye la otra mitad de la Tierra. El Nuevo Mundo descubierto por Colón, que únicamente encontró en España, quien patrocinara su empresa, tiene en Rubén Darío su voz más alta en ese año 1899, si hemos de aceptar que no hay mayor imperio que el del espíritu y el de la cultura, y que el signo de la cultura y el espíritu es el idioma.

Darío es el más alto poeta de nuestro idioma en ese momento en que España lo ha perdido todo en América, todo lo que es política y oficialmente español. Pero Darío había de enseñarnos que no se había perdido nada; al contrario, él venía a traernos la más hermosa cosecha española y de él había de surgir —planteada por él, pudiera decirse— una generación gloriosa: la llamada generación del 98. Unamuno, Benavente, Valle-Inclán, Baroja, Azorín, que se prolongan en sus posteriores inmediatos, casi simultáneos si no nos atenemos estrictamente a la cronología: los Machado, Juan Ramón, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, el mentado Gabriel Alomar, Ramiro de Maeztu, este último aceptado posteriormente en el grupo primero. Ciertamente Unamuno tenía ya su personalidad cuando Darío aparece en España, pero no hay duda de que su contraste y hasta sus piques con Darío le hicieron abundar en lo que tenemos hoy por más unamunescos en poesía. No se olvide, sin embargo, este dato elocuentísimo: fue Rubén Darío el primero en creer que en Unamuno había un gran poeta cuando no estaba el rector de la Universidad de Salamanca clasificado más que como profesor y combativo, inconforme, paradójico, a quien le gustaba jugar con las etimologías, dialogante con Angel Ganivet sobre el porvenir de España, pero todavía sin la dimensión filosófica que había de acreditar más tarde con «El sentimiento trágico de la vida» y su «Vida de don Quijote y Sancho». Notemos que cuando Darío escribe su Salutación a don Quijote, «señor de los tristes», (en el centenario de 1905) es ya el poeta líricamente maduro y famoso en España y América, mientras que Unamuno empieza en ese momento a imponerse.

Más que a Darío debe en verdad Unamuno al poeta José Martí, cubano hispanico, no suficientemente valorado todavía en ciertas zonas literarias, y no nos referimos ciertamente a América, donde Martí es reverenciado continentalmente como merece. Unamuno confesaba su influencia de Martí; en cambio, se peleaba con Darío, de quien llegó a merecer aquel dolido reproche en que le decía: «Don Miguel, hay que ser justo y bueno.» Y cuando muere Darío, don Miguel, lleno de noble remordimiento, escribe un trabajo en que se culpa de no haber sido en alguna ocasión justo y bueno con el autor de «Cantos de vida y esperanza». Unamuno no llegó a conocer a Martí personalmente; conoció, trató mucho personalmente a Darío aquí, en España. Este triángulo —Darío, Martí, Unamuno, que luego tiene resonancias en Gabriela Mistral, tan martiana y tan unamunescas— creemos que no ha sido suficientemente estudiado, pero nos parece fundamental en la poesía española de nuestra época, que arranca indudablemente de aquel momento en que Darío aparece como un astro, el sol que América enviaba a España, destellando la maravilla del verbo de Cervantes. (Darío debió sentir tal pasión por Cervantes que llama «mínimo y dulce» a Francisco de Asís, en su gran poema de «Los motivos del lobo», de la misma manera que Cervantes llama a su Quijote al comienzo de la segunda parte «esta mínima, dulce y altisonante historia».)

Martí, con Bécquer y Rosalía de Castro habían de poner su nota de intimidad y de hondura, con sobriedad, con emoción contenida, a la poesía altisonante de nuestro siglo XIX —incluso los románticos menos enfáticos, como Espronceda, no se salvan alguna vez del énfasis oratorio, de la llamada elocuencia, que tiene en Quintana y Núñez de Arce muestras muy nobles—; son aquellos tres: Rosalía, Bécquer y Martí, los que en una y otra ribera; gallega, Rosalía; andaluz, Bécquer; cubano, Martí, dan la nota lírica que llega hasta nuestros días en Antonio Machado y Juan Ramón; son aquellos tres, y un poco más tarde Juan Maragall, el catalán de poesía tan pura, que nadie ha hecho tal vez una definición más esencial de lo que es pureza en poesía ni la ha superado en practicar la estética por ella formulada. «La pureza —dijo— es la cualidad suma de las cosas, porque es la conformidad absoluta de la cosa con su esencia... cualidad de cualidades...»

El poeta ha de saber cuanto le sea posible, pero ha de olvidar lo que sabe, ha de olvidarlo en su hora de lirismo, es decir, de comunicar su intimidad, su ser. En este sentido Rubén Darío tal vez es un poeta menos puro que Bécquer, que Rosalía o que Antonio Machado, en algunos de sus poemas, aquellos en que Darío pone en juego magistralmente todos sus registros —él era un órgano prodigioso— y anima con esplendor verbal, pero no palabrero, ni gárrulo, sino utilizando soberbia y justamente cada palabra, todas sus alegorías, todas sus visiones mitológicas, porque nadie como él ha sabido hacer viva la mitología griega para la sensibilidad actual, quitándole su apariencia de museo, de estatua desenterrada. Lo que en otros fue arqueología y erudición, se hizo en Rubén Darío estatua viva, como diría él, porque también él nos dijo que la mejor musa es la de carne y hueso.

Y he aquí su coincidencia con Unamuno. Nadie puede coincidir más algunas veces que dos contrarios, dos contradictores, y quizá cuando se buscan para discutir, es que, en el fondo, se buscan sin saberlo para coincidir. Que este afán de fraternidad, de coincidencia humana, es más frecuente, más humano, de lo que creemos por aquello de que «el hombre es lobo del hombre; y a pesar también de Cain y Abel...».

¿No mató Cain a Abel —y éste es tema unamunescos— porque lo envidiaba, porque hubiera querido ser Abel? Trágica terrible coincidencia: querer ser el otro. Acaso las disputas y piques y celos y reuelos de Unamuno con Darío estaban en que envidiaba de él —noblemente— lo que Miguel Unamuno no tenía: aquella facultad musical, nacida con el poeta de quien a su muerte dijo Antonio Machado «que era toda en verso la armonía del mundo». Pero si Unamuno machacaba constantemente sobre la filosofía del hombre de carne y hueso —y él nos dijo que un filósofo era quizá un poeta malogrado— coincidía, como hemos visto, con Darío, quien nos dice que es la vida y la propia sustancia del hombre la que ha de alimentar la poesía, y por eso definía su credo estético diciendo que la musa de carne y hueso era la musa por excelencia. «El arte puro como Cristo exclama: yo soy la verdad y la vida.» Son palabras de Darío.

Ahora bien: ¿cómo había de entenderse esta verdad, cómo había de entenderse esta vida? Hay la verdad aparente y la verdad esencial, la realidad que todos ven y la realidad íntima que ve el poeta, que ve el artista. Esa realidad prosaica, cotidiana, sin esencialidad, puramente epidérmica, no sirve para el arte si no se extrae de ella en una alquimia secreta la porción milagrosa. Este el milagro del creador. Hubo un poeta sin énfasis, o que

procuró atenuarlo entre los de su momento español, y sería injusto olvidarlo: Campoamor. Burla, burlando, Campoamor rompió un poco el tono enfático de los poetas oradores, brillantes, elocuentes, y supo encontrar algunas cosas esenciales que Zorrilla, por ejemplo, no había encontrado en su lírica (dejemos su «Don Juan» insuperable a un lado), porque se embriagaba de palabras y consonantes. Campoamor y Bécquer fueron gustados por Rubén Darío, sin duda. Bécquer influye en toda la primera época rubendariana, y a Campoamor dedica Darío una de las más bellas décimas que desde las de La vida es sueño, de Calderón, se hayan acuñado en lengua castellana. La décima dice así:

Este del cabello cano,  
como la piel del armío,  
juntó su candor de niño  
con su experiencia de anciano  
Cuando se tiene en la mano  
un libro de tal varón,  
abeja es cada expresión  
que, volando del papel,  
deja en los labios la miel  
y punza en el corazón.

Vemos cómo Rubén Darío sentía el influjo de la dolora campoamoriana, tan imperante entonces como luego ha sido, verbigracia, el romance de la casada infiel, de Lorca —porque todas las modas tienen su momento, y acaso el Lorca esencial esté, como apunta Juan Ramón, más en su teatro que en su poesía por lo que tiene de «alhambrista» (y también el epíteto es de juanramoniano aplicado al poeta), no en el «Romancero gitano», donde hay que ver siempre el triunfo de lo puro popular que defendía Marragall, ya que romancero lorquiano es la vuelta a lo popular con otros muy pocos poetas de su generación—; vemos cómo Darío siente el influjo de la dolora, que —hay que anotarlo, por lo mismo que acaso no se ha dicho— tiene un matiz, una especie de inclinación hacia lo popular, apartándose de la entonación de «El tren expreso», que aspiraba a lo mayor y resulta menor que su poesía coloquial; vemos, hay que repetir, como Darío tal vez hubiera querido ser un poco Campoamor en aquel momento de su juventud, su primera juventud, porque pertenece esa décima a las primeras épocas de Darío; pero sería miopía quien no viera que ya esa décima es distinta de las que pudiera hacer Campoamor, de la décima llamemos tradicional española, porque hay en ella la insinuación de la nueva forma y la nueva sensibilidad. Apuntaba en esa décima —precisamente en esa décima del poeta incipiente digamos—, apuntaba ya, la poesía de quien había de ser capitán del movimiento que se ha llamado el modernismo.

Hemos llegado a la encrucijada poética que resulta decisiva para toda la poesía española posterior a Rubén Darío.

Escribe César Antonio MOLINA

## CATORCE RELATOS DE ENRIQUE VILA MATAS

**A**l escribir sobre la todavía última novela de Enrique Vila Matas, Al sur de los párpados (1), recordaba alguno de los fantasmas que rondan consciente o inconscientemente la memoria literaria de este joven narrador: Borges, Kafka, Nabokov. Pero también ahora quisiera recalcar algunas de las muchas nostalgias cinematográficas que incorporaba a su escritura. Filmes como La mujer pantera, de Jacques Tourneur; La mujer maltrata, de Josep Losey, en donde el ángel de la muerte se debate contra ella, aquel parecido personaje de las novelas de Ridder Haggard pasado al cine en diversas ocasiones. Esas mujeres de Hitchcock, mitad vírgenes, mitad culpables y siempre salvadas, de Sternberg, o aquel personaje femenino más cercano a nosotros de Jean Seberg en A bou de soffe. Ciertamente existencialismo de los personajes del primer Antonioni, y alguna nostalgia a lo Bertolucci. Todo esto lo he traído a cuento para desenmascarar ese juego con el que el lector se encuentra, comenzando por el mismo título de esta colección de catorce relatos breves, Nunca voy al cine (2).

**E**n Al sur de los párpados había dos temas centrales que se intercomunicaban muy bien con sus dos primeros proyectos de novela, Mujer en el espejo contemplando el paisaje (3) y La asesina ilustrada (4). El de la mujer y el de la mutación o huida permanente. La mujer

vista como madre-amante, divinidad y reina, mujer fatal, creadora y devoradora. Ambos temas vuelven a resurgir, con parecida fuerza, en varios de los cuentos aquí recogidos y que para mí son, sin lugar a dudas, los mejores. Por ejemplo, dos de ellos serían Epilogo (VII) y Hacia la frontera (VIII). Si en Al sur de los párpados, como ya hemos visto, la mujer se metamorfoseaba en madre-amante, en Epilogo esta mujer-madre-amante es además hermana incestuosa que nos recuerda las relaciones entre Ulrich y Agata en Der Mann ohne Eigenschaften, de Robert Musil, aunque el corto relato de Enrique Vila Matas tiene una intención mucho más poética. En Hacia la frontera, como en La esposa secreta, el amor o la relación hombre-mujer, como también en sus otras obras anteriores, sigue convirtiéndose en un acto de terror, en un acto canibalismo, donde la mujer siempre acaba o pretende devorar al macho después de su acoplamiento. «Desde el primer momento vi que se trataba de una partida con el diablo. El diablo en forma de mujer exuberante», así se inicia Hacia la frontera, una historia a través de la cual el autor no sólo pretende desembarazarse de esta reencarnación maligna, sino también del referente simbólico.

**E**l sentimiento edípico aparece también en otros relatos, como, por ejemplo, en Leonardo. En éste no hay sólo una

nostalgia fetal, sino también un deseo irrefrenable de desintegración. En otra historia, titulada Peripecia, vuelve Vila Matas a mezclar algunos elementos que le son muy cercanos, cierto ambiente concomitante con lo fantástico y algunas pinceladas de surrealismo.

**A**l hacer balance final de Al sur de los párpados (5), decía lo siguiente: «hay que juzgarla más por lo que deja sin decir, sugiriéndolo, que por lo que está escrito. Por esa posibilidad latente en un autor joven como Vila Matas, en llegar a forma de una manera definitiva un estilo personal. En esta novela que, cruelmente, ha perdido toda la capacidad poética de las anteriores, existe cierto apresuramiento, cierto malestar, ciertas e inconcesables ganas de deshacerse del texto y quedar definitivamente liberado, cierto caos narrativo que quiere poner límites a un magma desbordante». Nunca voy al cine, al ser un conjunto de relatos cortos, la perspectiva es diferente, sin embargo, quiero decir que en estos relatos se recupera esa capacidad poética de evocación que era otro de los recursos de este novelista, y ese caos se ordena y se estructura a la perfección. No hay deseos de deshacerse del texto, por el contrario, esta vez todo corre de una manera más racional. No quiero decir con ello que esto sea más positivo que lo otro, sino que el escritor se va dando

cuenta de cuáles son sus posibilidades y las va adaptando a cada momento oportuno.

**V**OLVIENDO a mi nota crítica sobre Al sur de los párpados, también decía algo que de nuevo y al leer Nunca voy al cine sigo manteniendo: «en la narrativa joven de nuestro país casi nadie tiene nada que contar, pero, sin embargo, se empecinan en contarlo, otros que apuntan algo no saben cómo resolverlo, y los menos, como Enrique Vila Matas, tienen las suficientes aptitudes como para que tarde o temprano nos confirmen su valía». Quiero decir con ello que estos valiosos relatos alargan un poco más esa tregua de confianza que tenemos con su autor, quien debe afrontar un trabajo de mayor envergadura, una obra que convierta estos excelentes proyectos en algo definitivo. Vila Matas, a diferencia de lo que sucede en su última historia, El aplazado desenlace del aria, no debe tener más miedo a «ese comienzo en que la obra es toda ignorancia de sí misma, debilidad de lo que no tiene peso, ni realidad, ni verdad y, sin embargo, comienzo necesario».

- (1) Editorial Fundamentos, 1980.
- (2) Editorial Laertes, 1982.
- (3) Editorial Tusquets, 1973.
- (4) Editorial Tusquets, 1977.
- (5) Me refiero a mi artículo crítico publicado en el número 2 de la revista «Quimera».



## ETICA Y NOVELA Más allá de las apariencias

**P**OCO a poco, de un año a esta parte, la obra de Patricia Highsmith comienza a ser traducida entre nosotros. El último de sus libros aparecido aquí —y uno de los mejores entre los suyos— es *El diario de Edith* (Ediciones Alfaguara), una novela inquietante y apasionante en la que se dan cita las virtudes mayores del arte de esta escritora durante demasiado tiempo considerada mera ilustradora del subgénero de la novela negra o de psicología criminal. Patricia Highsmith, como lo prueba hasta la saciedad el presente libro, desborda ampliamente los esquemas en que la crítica trató de encerrarla, y se muestra cada día más, a medida que su arte se depura y se vuelve mayormente personal, como una de las novelistas que mejor han sabido responder al reto planteado por el derrumbamiento de los valores que se consideraban sustentáculo de la civilización occidental.

Una muralla de tópicos, ideas falsas y prejuicios nos separa de lo dado, de la realidad en estado bruto. Y se ovida con demasiada frecuencia que entre las misiones primordiales del novelista se cuenta la de intentar abatir esa muralla, forzando al lector a entrar en contacto directo con aquello de lo que en la mayoría de los casos no quiere saber. Vivimos en efecto —y quizá éste sea el único modo de que la vida resulte factible—, partiendo de la convicción de que los hombres y las mujeres son bellos, inteligentes y buenos en su práctica totalidad; que la mayoría de ellos mantienen entre sí relaciones armoniosas; que la in-

Escribe Leopoldo AZANCOT

fancia es la época de la inocencia y la vejez de la sabiduría. Y, lamentablemente, nada de esto es cierto. Pero son pocos los novelistas que se atreven a demostrarlo a través de sus ficciones. Patricia Highsmith se encuentra entre éstos, razón por la cual su nombre debería ser marcado con tinta roja.

¿Cómo consigue transmitirnos tan vivamente el horror que subyace a lo cotidiano la impiedad absoluta y generalizada en la lucha por la afirmación de sí, por la búsqueda de la seguridad, por la reivindicación de los derechos del sueño? De modo primordial, reflejando casos extremos, situaciones en las que la bestia humana saca la cabeza de la ciénaga en que oculta sus deformidades y nos mira directamente a los ojos. Así hace en *El diario de Edith*, y tal es la causa de que no podamos leer este libro sin un escalofrío de horror. Siendo de destacar el hecho de que, con objeto de que ese horror se perfeccione, se sirve de la técnica del punto de vista con tal habilidad que el lector se ve obligado a asumir la perspectiva del crimen y a considerar anómalo, sin advertirlo y sin quererlo, el mundo de meras apariencias en que transcurre su vida.

Patricia Highsmith, sin embargo, no se detiene aquí. Sacando las oportunas conclusiones del comportamiento del hombre a lo largo de este siglo de guerras y genocidios, y en especial de su capacidad para asimilar la criminalidad con la conciencia tranquila, pone implícitamente en entredicho todos los códigos morales al uso al mostrar la radical heterogeneidad de los mismos con lo que, a no ser que cerremos los ojos a la evidencia, debemos considerar la auténtica naturaleza del hombre.

## ARTE DE LA NARRACION

### Un alegato misogino

**D**ENTRO de su espléndida colección «Biblioteca de la literatura y el pensamiento universales», Editora Nacional acaba de publicar un libro cuya lectura recomiendo muy vivamente a todos: *Sendebarr* o *Libro de los engaños de las mujeres*, colección de cuentos de autor anónimo sobre cuyo origen, oriental sin duda, se han emitido las más diversas hipótesis, de la que la última, debida a M. Epstein, sostiene la existencia de un original hebreo de los siglos IV-II a. de C., que, a través de versión árabe, acabaría difundiendo por todo el mundo.

Las razones para recomendar este libro pueden ser reducidas a tres:

En primer lugar se encuentra el hecho de que la presente edición —ilustrada con grabados medievales—



les— va precedida por una excelente introducción sintética, y cada cuento, acompañado por riquísimas notas, del profesor José Fradejas Lebrero, todo ello del más subido interés: en muy corto espacio se acumula una información realmente importante. Lo que, unido a que ésta es la primera edición del libro en castellano moderno desde hace mucho, convierte al presente volumen en uno de los escasos de los que puede decirse que es de lectura obligada.

La segunda razón radica en que el *Sendebarr* constituye una especie de quintaesencia del arte de la narración oral, y que, por ello, su lectura puede resultar muy provechosa en momentos como el presente, cuando las técnicas narrativas son desdichadas en provecho de lo verbal, con tristes consecuencias: el aburrimiento y el desvío del lector.

La tercera causa puede ser enunciada como sigue: dado que en la actualidad asistimos a una ofensiva incontestable del feminismo, con ribetes agresivamente antimasculinistas, un libro como el presente, tan teñido de misoginia, puede ayudar a restablecer el equilibrio roto en el plano teórico por lo que respecta al eterno pleito entre hombres y mujeres. Que éstas y aquéllos son distintos, y que sus respectivas posturas ante la vida resultan antagónicas, es algo que hoy se tiende a relegar al olvido. El *Sendebarr*, que testimonia con acritud sobre el particular, debe ser leído como un útil recordatorio de algo en lo que nos va mucho a todos; y en especial a las mujeres, que en su lucha contra el machismo incurrirán a veces en un hembrismo igualmente irritante y torpe.

Escribe Juan A. JURISTO

## ANGEL RINALDI O LA MEMORIA DE LA BANALIDAD

**L**ES DAMES DE FRANCE», última y única novela de Rinaldi publicada en castellano (1), que yo tenga noticia, se estructura como un ejercicio de la memoria que se juega a la manera de un artículo de crítica literaria, omitiendo en todo momento el texto original, motivo de la reflexión y originando con todo ello una revisión radical del hecho mismo del recuerdo, que lleva siempre aparejado el misterio de la muerte.

**R**INALDI, escritor de origen corso, es actualmente crítico literario del parisino «L'Express», y este oficio, que normalmente para quien además se dedica a la creación literaria actúa como muro de contención, de tal manera que una y otra labor parecen no ya divididas, sino hechas por hombres diferentes, no sólo no impide al novelista la referencia más o menos explícita a su labor periodística, antes bien, es esa crítica el motivo fundamental de «Les dames de France», comentario a un texto que no aparece nunca en la narración y que con un símil tomado de Henry James actúa como la figura en la alfombra de la memoria de Antoine a la busca de unas supuestas claves enterradas en la infancia.

**A**NTOINE, administrador de fincas, edita «Les dames de France», novela escrita por Léna, tía suya, a raíz del suicidio de ésta. La lectura del manuscrito o las propias discusiones con el futuro editor actúan como disparadero de la memoria de Antoine, que de resultados de ciertas «infidelidades» dé lugar en la novela y su deseo de reintegrar la dura realidad a la inanidad estética, principal pecado literario de Léna, construye una mera narración, esta vez personal, pero cuyo enfoque no obsta para que siga titulándose «Les dames de France», nombre de una

antigua mercería de Ajaccio, regentada por su madre, Alida, y que navega entre la ruina y el ajado recuerdo de su pasado, que se pretende esplendoroso.

**R**INALDI describe con maestría todo el complejo mundo de una ciudad de provincias en los años de la posguerra, la capital de Córcega, y cierto ambiente de una clase en plena decadencia, poseedora de velados valores y pleno gusto por las cosas totalmente desaparecidas. Es curioso anotar que varios de los novelistas franceses actuales, así Patrick Modiano, Michel Tournier, etc., refieren pasajes enteros de sus novelas, el caso de Modiano es todavía más apremiante, ya que su edad no le permite haber vivido los años en que transcurren algunas de sus narraciones, a la década de los cuarenta, en un deseo de contrastar, reflejo de cierta tensión actual en la sociedad francesa, no tanto dos situaciones históricas distintas, como resoluciones humanas diferentes y de cuyo enfrentamiento pueden surgir claves que ayuden a comprender una evolución cultural que comienza treinta años atrás y se encuentra hoy día totalmente paralizada.

**R**INALDI no es ajeno a este avatar y la sociedad que nos describe en Ajaccio es el ambiente de la infancia de Antoine y Léna, que más tarde vivirán en París, en un mundo mucho más cercano para nosotros, donde la solución a la tensión entre su infancia compartida y la sociedad parisina que los envuelve pasa por la desaparición de la propia vida como proyecto: en el caso de Léna, el suicidio, la desaparición perfecta, física y mental; en Antoine, la memoria, volver a reconstruir aquel Ajaccio de «Les dames de France» del doctor Gorimbelli antiguo miembro de la Resistencia, orgulloso de



su pasada experiencia con el general Léclerc; de las hermanas Malaspine, con su irritante olor a vetiver y sus veladas sociales, en un cine de su propiedad; de Lavieuxville, que tan bien fumaba, etc., y con el recuerdo, el exorcismo para el olvido que sólo la muerte purifica y cuyo ejemplo más coherente es el propio suicidio de Léna, que ya desde su compartida niñez había demostrado ser más lúcida e inquieta que Antoine, homosexual fascinado.

Lo que, en definitiva, deviene un acto de destrucción total, el del recuerdo tomado como banalidad, como puro acto gratuito condenado al fracaso de la memoria, al igual que todo comentario crítico, que Rinaldi asume en una larga tradición que nos llevaría a laberintos escritos donde nos aguardarían las largas y definitivas interrogantes que Henry James plantea en sus novelas de «escritores» (2) y que finalmente, no es más que preguntarse sobre el lugar exacto de la palabra.

(1) Angelo Rinaldi «Les dames de France», Edit. Alfaguara Madrid 1981.  
(2) Véanse: «Los papeles de Aspern», «La Dama de la alfombra» o «El lugar del nacimiento».

## ESCAPARATE DE REVISTAS

«PEÑA LABRA» (NUM. 42). Pliegos de poesía.—La revista de poesía que edita la Institución Cultural de Cantabria, de la Diputación Regional, bajo la dirección de Aurelio García Cantalapiedra, contiene en este número un encarte con el poema «Pompeya», de Mercedes Ibáñez Novo, que ilustra Vaqueiro Turcios, al que sigue «18 poetas del Ebro» con selección y notas de Ana María Novales. Son los mismos poetas que la profesora y poetisa aragonesa ya estudió en su «Antología de la poesía aragonesa contemporánea», publicada en 1978, con la incorporación de un nuevo nombre, Joaquín Sánchez Vallés. Son los otros Idefonso M. Gil, Manuel Pinillos, Luciano Gracia, Guillermo Gudel, Mariano Esquillor, Miguel Labordeta, Miguel Luesma, José Ignacio Ciorda, Rosendo Tello, Julio Antonio Gómez, José Antonio Labordeta, José Antonio Rey del Corral, Ana María Novales, Ángel Guinda y José Luis Alegre Cudos. Se nos habla de la edición del manuscrito de «El hombre acecha», de Miguel Hernández, guardado en la Casona de Tudanca. Como es sabido se están publicando ahora los libros del gran tesoro de manuscritos poéticos que guardaba allí José María de Cossío. Hay notas bibliográficas y poemas de firmantes montañoses: Fidel de Mier, Francisca Perujo, José M. López de Aviada y Pablo del Barco.

«MARGENES» (NUM. 3).—Es ésta una revista literaria que publica la Diputación Provincial en la Editora Regional de Murcia: ensayos, relatos, poemas. Se dice en un introito: «Necesitamos palabras reconfortantes como también vitrioladas diatribas». Tras ese introito, «El mundo como destrucción de la realidad», por José López Martín; «Anastasia y Anselmo», por Miguel Espinosa; «Galileo», por Pedro Ramirez; «Carpe diem», por Pedro Montalvo; «Recuerdo común», por José Luis Martínez Valero; «Poética», por Eloy Sánchez Rosillo. En la sección titulada «Disertos», ensayos de Carlos Pérez Sañudo, Leopoldo María Panero y Santiago Delgado.

Escribe Margarita PAZ

# TATAFIORE

**E**RNESTO Tatafiore es uno de los representantes de esa nueva pintura italiana que tantos éxitos está empezando a cosechar en el mercado internacional, y empieza a ser conocida también en nuestro país. Tuvimos la ocasión de ver una pequeña muestra de su trabajo en el «stand» de Lucio Amelio en ARCO-82, y esta primera impresión puede ser ahora completada con las dos exposiciones que acaba de inaugurar en Madrid, en el Instituto Italiano de Cultura y en la Galería Ehrhardt, y que incluyen su obra más reciente en dibujo y pintura.

A nueva pintura italiana ha sido lanzada en una hábil estrategia como un bloque compacto de artistas que están siguiendo un camino similar, por no decir idéntico, y que significan una nueva corriente reinstauradora de lo figurativo y lo narrativo dentro de la pintura actual. Sin embargo, un conocimiento un poco más amplio del tema pone de manifiesto las diferencias que existen entre las obras de estos artistas, cuyo parentesco es a veces un fondo subyacente de toma de posiciones más que de realidades pictóricas, las que por otra parte compartirían también otros artistas del New Imaginism, especialmente americanos como Julián Schnabel o David Salle, por ejemplo. La justificación de esa etiqueta nacional radica en la tradición propia de cada país, incluso de cada región, que absorbida por el artista permanece como residuo en su memoria.

Tatafiore aparece, como todos los demás, en posesión de un sistema de signos particulares que poco tiene que ver con los garabatos obscenos de Francesco Clemente, las figuras de Enzo Cucchi o los remakes de Sandro Chia. Lo que tendrían en común sería, en cambio, la utilización de metáforas solapadas. Hay una

puerilidad en su pintura que tiene algo de proyecto utópico del hombre bueno y salvaje, en el que tanto pensaba Robespierre. Pero tratarla de mera ilustración resultaría demasiado simplista.

Después de haber iniciado su carrera artística dentro del campo del conceptualismo, ha ido derivando hacia una manera muy personal, que se comunica por evasivas con una pintura que se mira a ella misma, complaciéndose en las estrategias pictóricas que pone en marcha. Utiliza con habilidad recursos aprendidos en otros lugares, seleccionándolos y adaptándolos hasta incorporarlos a su estilo, para su empleo sistemático. Las articulaciones formales efectuadas en ese espacio despejado de código perspectivístico tienen más de encubierto despliegue de virtuosismo que de logro casual. Entonces, la espontaneidad no tiene por qué asimilarse necesariamente a la infancia de la pintura.

La pintura vuelve a ser, con Tatafiore, un lugar confortable. Pero ante la evidencia de su ingenuidad, alalta la duda de que esté presidida por algún doble juego de un mecanismo intelectualmente perverso. Ese doble juego tendría una referencia idealista que lo mantendría alejado de

posibles consecuencias funestas para el curso propio del relato. Esta nueva pintura de imágenes ha reinstaurado lo narrativo, pero ha ocasionado, al mismo tiempo, la ruptura de su trayectoria lineal.

Se ha acomodado en una sofisticada actitud que recoge lo más intrigante, cultivado y sensual de la tradición, sin que ésta tenga que reducirse exclusivamente a lo nacional o local, para producir un arte poseedor de un lenguaje figurativo, que entra a tomar parte en el juego del arte de nuestro tiempo con una postura deliberadamente inocente.

Ocupando una vía abandonada evocativa y ensoñadora, la nostalgia ha encontrado en la iconografía de la revolución francesa las referencias alegóricas a las virtudes ejemplares del artista revolucionario, para reconstruirlo en términos idealistas en la ilusión de una historia autónoma.

Si el principio del eclecticismo se introduce libremente en la pintura, éste permite, por una parte, que cualquier suerte de estilo, contenido, material, contenido o proceso pueda ser incorporado siempre que lo requiera la voluntad del artista, y por la otra, reencontrar el placer tradicional por el dibujo, por el carbón, conviviendo al lado de los accidentes temporales, las marcas, las fragmentaciones. Esta brusca incorporación de elementos ajenos al dibujo sirve para revitalizar, de vuelta, la convicción de que es éste el que anuncia el nacimiento de la pintura, siguiendo la antigua idea vasariana que le concedía el papel de padre de las tres artes. La inmediatez del dibujo para un arte



de imágenes se adecua mejor a la urgencia de que las pulsiones pasen, como una revelación rápida, a la mano del artista en el acto de la creación, y esta actitud enérgica, nuevamente sacralizada, es el producto de reglas estrictamente personales de carácter dinámico.

La exaltación de la individualidad del artista obliga a que su huella se manifieste sin trabas, en un ademán abiertamente subjetivo y romántico. Es libre porque se permite elegir indiscriminadamente en el pasado, mientras se mantiene en una postura lateral frente a su presente, en la que se autoalimenta exprimiendo su memoria, su sexualidad, sus sueños..., y de este modo permanece aislado en un mundo del que él es el centro, escribiendo una página más de la leyenda del artista.



Escribe PLACIDO

## Cine a tres bandas

La Filmoteca Española, Radiotelevisión Española y Radio Nacional de España, R-3, van a jugar el próximo jueves a hacer cine a tres bandas, es decir, en colaboración y al unísono. Ya se inició esta experiencia, unas semanas atrás, con el ocho y medio de Fellini, pero el día, domingo, no resultó el más apropiado. Ahora va a repetirse el experimento, de manera especial, poniendo en escena los tres organismos citados, toda su capacidad para que el acontecimiento sea un éxito rotundo.

El experimento consiste en lo siguiente: Dentro del ciclo que Televisión Española viene dedicando por la Segunda Cadena a Fer-

nando Fernán-Gómez, se va a proyectar el próximo jueves, 29 de abril, a las diez de la noche, la película «El extraño viaje». Paralelamente, a esa misma hora, la Filmoteca ofrecerá, en su sala del Círculo de Bellas Artes, la misma película, presenciada en directo por el propio Fernán-Gómez, Pedro Beltrán, Fernando Trueba y Antonio Lara, que una vez acabada la proyección, y a través de los micrófonos de RNE, R-3, mantendrán un coloquio sobre la película, coloquio moderado por el último de los citados, Antonio Lara.

De esta manera se ponen en marcha para un proyecto común el cine, la radio y la televisión, tres medios de comunicación que continuamente han amenazado cada uno de ellos con hacer desaparecer a los otros dos y que, a la vista de su convivencia y complementariedad, han decidido agruparse para servir mejor al ciudadano y a la cultura.

La película que en tele-

visión presentará Fernán-Gómez, precisamente desde distintos departamentos de la Filmoteca, en rodaje llevado a cabo hace unos días, estaba prácticamente perdida. Quedaban varias copias, pero todas mutiladas y estropeadas en buena parte. Sin embargo, gracias a los cuidados de reconstrucción y a la labor de los técnicos de la Filmoteca, se ha podido completar, juntando los trozos válidos de las distintas copias, una película que podrá ser conservada para el futuro.

Y hubiera sido una verdadera tragedia la desaparición de este filme. Al decir de todos los críticos, «El extraño viaje» puede ser considerada una de las mejores películas de la historia del cine español. Sobre un guión impecable de Perico Beltrán, probablemente el mejor de su vida y uno de los mejores escritos nunca en España, Fernán-Gómez hace una realización magistral, consiguiendo en blanco y negro una dirección de au-



téntica talla mundial. Al decir de Pepe García Vázquez, «El extraño viaje» es como un solomillo perfectamente adobado. No sólo el guión es de primera; el adobo de la dirección es de maestro.

Interpretado en sus principales personajes por Carlos Larragaña, Tota Alba y Rafaela Aparicio, «El extraño viaje» es un drama ácido, con una dosis de humor muy bien suministrada. Con componentes sociales profundos, incluyendo una caricatura perfecta del alcalde fascista,

bonachón y paternalista, la película transcurre entre un diálogo perfectista y exacto, logrados detalles costumbristas e insólitos esbozos de perversión, todo ello en el contexto del humor negro. Sin duda alguna esta película, junto a «Plácido», «El verdugo» y alguna que otra más, perdurará como ejemplo de nuestros momentos cinematográficos más inspirados.

La película cuenta una historia compleja en la que Carlos Larragaña asume el eje de las distintas narraciones que componen la cinta. De una parte, es un vulgar miembro de una banda de música que llega a un pueblo pequeño. Una pueblerina se enamora de él, pero, para no comprometerse, Carlos asegura tener un hermano paralítico del que debe cuidar. Finalmente, enamorado también de la paisana, decide poner fin a la historia de su hermano, explicándole que ha muerto. De otra parte, Carlos se ve obliga-

do a atender a una vieja perversa ante la que realiza pases de modelos vestido de mujer. La vieja muere y es escondida en una tinaja de vino que... Bueno, lo mejor es que se vea la película y se aprecie bien la grandiosidad de un guión perfecto.

Si la experiencia da resultado, parece que va a repetirse la fórmula con frecuencia. Es una manera de comprender mejor el cine, tanto por las posibilidades de la televisión, que permite que un pase sea visto por más espectadores en un solo día que en toda su exhibición comercial, a lo largo de diez años, como por el interés del coloquio posterior, que ayudará a situar a la película en su contexto histórico y sus entresijos profesionales, además de posibilitar conocer distintas opiniones calificadas sobre el filme. Una fórmula de cine-fórum a través de los medios de comunicación de mayor alcance. Un buen experimento.

## CONTRAPARADA 3 (Primera entrega)

La exposición de Joaquín es, en mi opinión, la más interesante de las tres que integran Contraparada 3, festival artístico patrocinado por el Ayuntamiento de Murcia, con la colaboración del Consejo Regional, dentro de las fiestas de primavera. Las otras dos exposiciones están planteadas en torno a dos conceptos genéricos: Realismo español de hoy y Nuevos lenguajes. En ambos casos se hace patente un eclecticismo sin fronteras. Ceferino Moreno, comisario de ambas exposiciones, siempre ha sido aficionado a este género de mezclas explosivas. Igual que a Sao Paulo ha mandado figurativos como Pérez Villalta y videomen catalanes, y en el catálogo juega explícitamente con el efecto de sorpresa que semejante arco supone, aquí repite la jugada contraponiendo figurativos (pero en su mayoría mucho más académicos) a utilizadores más que de nuevos lenguajes, de nuevas técnicas.

Lo de los realistas tiene mucho de cajón de sastre. Esa impresión producía también la muestra que al mismo tema dedicaba el pasado otoño la sala de arte de la Complutense. Bastantes nombres aquí presentes ya estaban en liza entonces: Amalia Avia, Matías Quetglás, César Luengo, Cuasante, Naranjo, Cortijo, Lledó, entre otros. Aquí es mayor la proporción de académicos-académicos; además del mencionado Naranjo (su Sueño con las musas siempre me ha parecido una pesadilla) están Toral, Adriaensens, Eufe-

miano... La exposición contiene una pieza que permite olvidarse de no pocas de las que la rodean: la Vista de Madrid desde los barojianos descampados que rodean al Observatorio, por Antonio López García. Son realmente pocas las ocasiones que tiene el espectador español de contemplar en directo un cuadro de Antonio López. Tan pocas que la pública comparecencia de este paisaje urbano —denso, extraño, rico en matices— constituye un acontecimiento, un evento de esos que en las guías de turismo se suelen acompañar con varias estrellas.

En cuanto a los Nuevos lenguajes, me parece una exposición caricaturesca y que le hace un flaco servicio a la causa del arte moderno. Los objetos, cachivaches, montajes, televisiones, teléfonos se acumulan sin demasiado orden ni concierto. La nómina de artistas parece más hecha a base de naufragios varios y repescas varias, que a base de una reflexión real (que en 1982, por otra parte, obviamente no se plantea nadie) sobre este género de nuevos lenguajes viejos. El único hilo conductor parece ser aquí el cable eléctrico.

Al margen de Contraparada 3, en la que según mi criterio brillan la exposición de Joaquín y el cuadro de López García, Murcia presenta una oferta cultural variada y atractiva. En el terreno pictórico, por lo menos tres exposiciones son dignas de mención.

Alfonso Albacete presenta en Yerba obra de los años 1979 a 1982. El lector de Viernes Literario ya ha tenido ocasión de saber de este pintor singular, que dentro de la generación de los ochenta representa posiciones poco frecuentes de vuelta sobre otros tiempos de la pintura moderna. Ahora Albacete ha demostrado que también es profeta en su tierra. En Chys, la galería que más ha hecho por dar a conocer la pintura de los años de Verso y Prosa, expone sus últimas acuarelas Pedro Serna, sutil cazador de luces y atmósferas, que se supera a sí mismo, tanto en sus obras más naturalistas (vistas de la huerta, estampas de la Albufera valenciana) como en sus quitasesencias (unas sombras que pasan por una pared blanca). Por último, en la sala municipal de exposiciones, los pintores jóvenes (Albacete, Antonio Ballester, Martínez Gadea, Cacho, Silva, Linares, entre otros) homenajean a Mariano Ballester, el desaparecido artista que desde los años cuarenta, y sobre todo desde los cincuenta (grupo Puente Nuevo) había figurado en el núcleo más al día del arte murciano. La exposición, aparte de su valor de homenaje, ofrece el interés de permitirnos ver lo que hace la nueva generación.

J. M. B.

Escribe Soledad PUERTOLAS

## OBSERVACIONES DE VIAJEROS INGLESES DEL SIGLO XVII A SU PASO POR ESPAÑA

**A** lo largo del siglo XVII, el Imperio español trató de conservar su lugar en el mundo, pero no pudo ocultar, ni remediar, su desgaste. Los historiadores nos proporcionan cada día nuevos datos que explican esa decadencia. Los miembros de la sociedad, que asistían desde dentro a la ruina, exponían sus quejas en memoriales, consultas, arbitrios. Los viajeros ingleses que visitaron España por aquellas fechas la observaron con curiosidad, algunos de ellos anotaron sus impresiones. Patricia Shaw Fairman ha trabajado sobre sus textos y los ha presentado y comentado, ordenados por temas (1).

ESPAÑA resultaba, para los ingleses, un país curioso, pintoresco. Inglaterra fue el primer país europeo donde se llevó a cabo la traducción de El Quijote, en una fecha tan temprana como 1612. Peter Heylin en su Microcosmos (1621) dedica un capítulo a España. El interés por lo español alcanzó su punto crítico con el proyecto de matrimonio del futuro rey Carlos I con la infanta María, hermana de Felipe IV, lo que motivó una embajada especial y un intercambio de impresiones que culminaron con la presencia del pretendiente en Madrid (1623). El recibimiento que se le tributó fue espectacular, aunque al cabo de los halagos y las fiestas hubiera de concederse una indiscutible negativa. Eran, además, los tiempos de la Royal Society, fundada en 1633, con el objeto de aumentar las potencialidades de la raza humana entera y liberarla de la esclavitud de los errores (2). Al menos un miembro de la Royal Society llegó a España con el objeto de estudiar su fauna y su flora.

Diplomáticos, hombres de negocios, simples viajeros, cuando pisan el suelo español, no suelen escamotear sus alabanzas; el paisaje les cautiva y sorprende. Como otros viajeros procedentes de otros países (3), se quejan de las inclemencias del tiempo, la incomodidad de las posadas y la inseguridad de los caminos. Se asombran ante la pobreza en que está sumida gran parte de la Península y coinciden en destacar la suciedad de las calles de Madrid, que, además, les parece una ciudad humilde, falta de esplendor. Unánimemente se escandalizan de una de las diversiones favoritas del pueblo: el juego de toros. Advierten un bajo nivel cultural, una gran apatía y una fuerte influencia de la religión y la iglesia en la vida. Quizá las observaciones más curiosas se refieren a las costumbres y aspecto de sus habitantes, «los franceses son más sabios de lo que parecen y los españoles parecen más sabios de lo que son», se decía, según informa Heylin, en Inglaterra. Llegados a España, la gravedad y dignidad del español sigue impresionándoles. «El francés es activo y mercantil; el español, especulativo

y saturnino; el uno, rápido y airoso; el otro, lento y pesado; el uno, hablador y sociable; el otro, reservado y pensativo.» La importancia que en España tienen las formas y las ceremonias es destacada por todos. Llamaban la atención ciertos gustos del español: «No va nadie montado en mejor caballo, ni lleva mejor espada a su lado, ni mejor calzado en los pies que el español.» El mismo autor, que gusta de comparar a franceses y españoles, llega a la siguiente conclusión: «El uno lleva un peine y un espejo en el bolsillo; el otro, un pedazo de bayeta para limpiar el polvo de sus zapatos.» El uso de la capa y la espada sorprende a los visitantes: los llevan todos los hombres, porque «desde los primeros a los últimos, se visten siempre como caballeros». Para algunos, esto no es sino manifestación de indolencia: «la gente anda despacio, y siempre embarazada por una gran capa y una larga espada.» Lentitud que puede hacerse extensiva a la Administración: «Sólo diré, de paso, que si en este mundo hay algo que pueda compararse a las penas del infierno, es la lentitud de los ministros de Estado», escribe un exasperado visitante.

Es este mismo autor anónimo quien observa: «La falta de hombres en España hace que la tierra se quede sin cultivar... y la causa es en parte el orgullo de la gente, que alimenta ambiciones superiores

res a su condición y desdeña ser lo que nosotros llamamos labradores o campesinos.» Hay muchos comentarios en este sentido: «Por naturaleza, al español le encanta estar desocupado y preferiría depender de la providencia que ponerse a trabajar. Su orgullo le impide ser labrador, pues espera hacerse con mejor fortuna yendo a la Universidad, a la Corte o a las Indias.» El orgullo, extendido por todas las capas sociales, alcanza al mendigo: «No saben dar las gracias, y creen

del Rey, salvo los de Madrid y el Retiro; pues es costumbre suya mandar por delante a su aposentador a sus otros palacios con sólo aquellas cosas que han de serle absolutamente indispensables durante su estancia allí.» Otros visitantes se escandalizan del estado de muchas casas nobles. Sin embargo, muchos señalan un hecho completamente nuevo para ellos: la utilización de cuadros para decoración de interiores, e insisten en el gusto del español por la pintura.



que pagan por completo lo que se les da molestándose en extender la mano para cogerlo.» Son intolerantes ante la crítica: «No hay nadie como ellos para protestar contra su Rey y su comandante en jefe y sus generales, y, sin embargo, no permiten que un extraño diga una palabra contra ellos sin degollarle. Son ridículamente testarudos en proclamar que España está por encima de cualquier país.»

De las modas y costumbres femeninas destacan: «De todas las mujeres me atrevería a jurar que no había ni una que fuera sin pintar: desde la Reina hasta la mujer del zapatero, viejas y jóvenes, excepto las viudas.» A propósito del guarda-infante dice un observador: «Es imposible para un hombre saber qué tipo tiene la española mientras esté vestida.»

El mismo observador decide que la mujer perfecta debería tener las manos y los pies de la española. Muchos visitantes anotaron las miradas atrevidas de las mujeres y su afición al paseo vespertino en coche.

Llamó mucho la atención entre los ingleses la austeridad de los palacios. De El Escorial, que maravilló a todos, les asombra la modestia de las habitaciones reales. Un comentarista de principios de siglo dice del palacio de Aranjuez que estaba «completamente desnudo, como en efecto lo están la mayoría de los palacios

Conforme nos acercamos al final del siglo, las observaciones cobran un acusado carácter de lamentación. Muchos de los viajeros ven en el exodo a las Indias, el mantenimiento de guerras en el exterior y la ausencia de una política interna adecuada, las causas de la decadencia. El embajador inglés en Madrid en 1699, después de trazar un sombrío cuadro de la situación —motines callejeros, carencia de alimentos elementales—, concluye: «pero ellos, en su vanidad, están contentos, pues siguen creyendo que son la nación más grande del mundo; y están tan orgullosos y arrogantes como en los tiempos de Carlos V.»

Los ojos de los visitantes ingleses, aun cuando no pueden captar una imagen completa de la realidad que contemplan, ofrecen su asombro, su curiosidad. A través de ellos, el país, observado, se ve a sí mismo.

Soledad PUERTOLAS

- (1) «España vista por los ingleses del siglo XVII», Sociedad General Española de Librería, S. A. (SGEL), Madrid, 1981.
- (2) Thomas Sprat: «History of the Royal Society», 1667.
- (3) Ver el libro de J. M. Díaz Borque: «La sociedad española y los viajeros del siglo XVII», SGEL, Madrid, 1975, cuya selección ha sido hecha sobre la edición de J. García Mercadal: «Viajes de extranjeros por España y Portugal», Aguilar, Madrid, 1959, hoy agotada.

## CONVERSACION CON MATIAS VALLES

(Viene de la Primera Página.)

fragmento de un poema de Octavio Paz, recién aparecido en el primer número de una revista llamada «Equivalencias»: «Me arrepiento; / no quiero muerte de fuera, / quiero morir sabiendo que muero. / Este siglo tiene pocas ideas, / todos los días nos sirve un plato de sangre / en una esquina cualquiera / —justo, omnisciente y armado— / aguarda el dogmático sin nombre, sin cara, / sin cara, sin nombre: / la muerte que yo quiero lleva mi nombre, / tiene mi cara.» — Es un poema bellissimo.

—Una variación sobre el tema de la elección de la propia muerte, de Rilke —comento.

—Sí. Claro que la entrega del premio Cervantes no es el único acto previsto —añade—. Ese mismo día culmina el concurso de trabajos escolares de redacción, cuyo tema este año ha sido la figura de Galdós. También está previsto que Gonzalo Torrente Ballester dé una conferencia sobre el fenómeno de la lectura en el Instituto Nacional del Libro.

Desde que la Asociación Colegial de Escritores se sintió alarmada por un anteproyecto de ley de propiedad intelectual que, en opinión de Angel María de Lera, «era un torpedillo dirigido contra los derechos de autores», se ha hecho un silencio en torno a la remodelación legal. ¿En qué situación se encuentra el proyecto legislativo?

—Aquel anteproyecto era un borrador incompleto. Por otro lado, es evidente que la ley hoy vigente para la propiedad intelectual es anacrónica. Basta citar la fecha de su promulgación, mil ochocientos setenta y nueve, para comprenderlo. Hace, pues, falta un nuevo texto que recoja las aspiraciones de los escritores y que afronte los nuevos problemas, propios del avance registrado en los sistemas de comunicación y en las tecnologías recientes, como la televisión, el vídeo, la televisión por cable, el disco o, mejor dicho, el empleo de textos, literarios en los citados medios modernos. Por tanto, esta ley tiene un carácter técnico y su promulgación depende de estudios que siguen desarrollándose, a fin de que cuando esté ultimada pueda ser asumida por la sociedad y por nuestros representantes, legislativos con la mayor unanimidad posible.

—¿Qué intervención están teniendo los sectores interesados, digamos los escritores, editores, libreros, en la elaboración de la nueva ley?

—Antes de que el texto esté ultimado por parte de la comisión que se ocupa de ello, las propuestas de todos esos sectores serán escuchadas.

—¿Puede anticipar los plazos y fechas en que la ley puede estar a punto?

—Dado su carácter técnico, es difícil precisar. Sólo pue-

do añadir que actualmente sigue en estudio.

—Mi repertorio de preguntas en torno a los problemas concretos de la nueva ley —plazo de caducidad de los derechos de autor; constitución de un fondo de ayuda para los autores noveles con el canon que los editores deberían abonar al Estado al editar autores cuyos derechos han caducado; controles de tirada; fórmulas para establecer los contratos, etcétera— son inservibles ante las respuestas anteriores de Matias Vallés—. Abordo el tema del apoyo

● La fecha de promulgación de la nueva ley, no se puede precisar, dado el carácter técnico de su preparación

● En fecha próxima, el Ministerio lanzará una colección antológica de escritores españoles vivos

administrativo a la edición española. ¿No podría establecerse un sistema de apoyos —pregunto— a los editores de autores nacionales, de manera similar a la cuota de pantalla que protege el cine nacional?

—Soy decididamente partidario de que la edición debe ser impulsada por la demanda social y por la iniciativa de las sociedades editoras. La actividad del Estado sólo puede ser de fomento. Por ejemplo, puede primar ediciones de mayor envergadura de los clásicos o favorecer el abaratamiento de costos ampliando la tirada de otros textos.

—¿Qué está haciendo su Dirección General en dos capítulos fundamentales de la promoción del libro, la difusión y promoción interior de nuestros creadores y el apoyo a la exportación de nuestra industria editorial?

—La difusión cultural y el fomento de la lectura son capítulos esenciales de la política de esta Dirección General del Ministerio. Los procedimientos que seguimos son variados: desde las ayudas a la creación literaria —no se trata

sólo de conceder becas, sino de fomentar la edición de nuestros escritores, al publicar los trabajos terminados—, pasando por la gama de los premios nacionales que tienen su cumbre en el Cervantes, hasta las líneas de fomento de la lectura, asunto en el que colaboramos con el Ministerio de Educación, porque es indudable que la afición a leer debe animarse en la adolescencia y la juventud. En este último terreno de acción hay que consignar el próximo fallo del concurso anual de redacción de los alumnos de enseñanza general básica. Vamos a editar un libro con los mejores trabajos del año pasado, en que el tema fue la figura de Juan Ramón Jiménez, y junto a estas aportaciones de los escritores noveles se incluye el estudio de un crítico especializado de la calidad de Ricardo Gullón. El texto está ilustrado por Alvaro Delgado. También estamos intensificando las campañas de técnicas de iniciación a la lectura en las escuelas de Magisterio.

En lo que concierne a la difusión exterior del libro, las últimas cifras de ventas alcanzan los veintiséis mil millones de pesetas, lo que sitúa a la industria editorial en una posición destacada de nuestras exportaciones. Sin embargo, queda mucho por hacer. Una interesante línea de acción puede ser la apertura de librerías españolas en puntos seleccionados del extranjero. Asimismo, estamos haciendo un esfuerzo de apoyo a los escritores nacionales, objetivo que, en parte, se cumplirá con la próxima aparición de una colección de libros dedicados a autores españoles vivos. Cada escritor ha escogido al estudioso encargado de dar una visión de su obra, de forma que cada libro contendrá una biografía, una antología de textos del autor, un trabajo crítico y una bibliografía sobre su obra.

—¿No cree que la tarea de informar y divulgar la obra de los creadores que mantienen y renuevan nuestra cultura debe ser abordada por la Administración con mayores y mejores medios, y que debe de intentarse llegar con publicaciones auspiciadas por la Administración, tanto a los puntos cardinales de la geografía nacional como al extranjero?

—Me parece que todo lo que se haga al respecto es importante. El Ministerio necesita reforzar su presupuesto para intensificar esa labor de divulgación. Francia y su política cultural muestran el camino que nos queda por recorrer. Ahora bien, hay que graduar valores y objetivos y, sobre todo, hay que huir del dirigismo cultural de la Administración. También otros organismos y grupos de presión caen en el dirigismo y también hay que evitarlo. Sólo pervive lo que se crea en libertad, lo que no sufre la menor coacción por parte de las convenciones que los grupos establecidos y las instituciones tienen tendencia a ejercer. Y, sin embargo, hay una labor de fomento cultural absolutamente imprescindible tanto más cuanto que nuestra cultura trasciende las fronteras de nuestro país. Propiciar la creación y propiciar que sea libre es el gran dilema, la tarea esencial del Ministerio de Cultura.